Los Dioses Corpóreos

C.E. Dandelian

Image not found.

Capítulo 1

Prólogo: La promesa de Lady Adelmare.

La cena en el castillo de Calborough transcurría en el más impasible de los silencios, sólo el entrechocar de los cubiertos de plata y la tormenta que azotaba los postigos interrumpían el mutismo de la sala.

Los cinco comensales se sobresaltaron cuando uno de estos se soltó, golpeándose con violencia contra el marco de la ventana. Lord Adelmare bufó, evidentemente irritado.

El señor de Calborough era un hombre de expresión severa que rondaba la treintena, sin embargo, la muerte de sus padres y posteriormente de su primera prometida cuando él no era más que un muchacho habían dejado marcas en él. Profundas arrugas surcaban su frente, y su cabello del color de la arena comenzaba a ralear y mostrar mechones grises. A todo esto se sumaban sus ojos grises, los cuales le otorgaban una mirada excesivamente fría y desprovista de toda emoción.

—¡Vaya pandilla de inútiles que resultaron ser los criados nuevos!— entrecerró sus ojos claros—. ¡Demien! ¡Ven inmediatamente!

—No os molestéis, hermano mío,— le dijo Emmeline con una risita que fue secundada por sus hermanas mellizas, las cuales lanzaban miradas maliciosas a la quinta comensal—. Estoy segura que vuestra querida esposa plebeya es más que capaz de cerrar ese postigo.

Lady Adelmare levantó la mirada, ofendida por el comentario. Su crianza no había sido ni en lo más mínimo parecida a la de un plebeyo, sin embargo, el hecho de que su familia paterna hubiese recibido el título nobiliario hacia apenas tres generaciones atrás la habían convertido en el objeto de burlas de las maliciosas trillizas Adelmare, cuya familia, a pesar de estar a cago de un pueblo pequeño alejado de la capital, se contaba entre las más antiguas y acaudaladas de la nobleza de Cedlioch.

Las hermanas continuaron riendo por el comentario de Emmeline, provocando que sus rubios rizos se balancearan. Las tres, Emmeline, Elianne y Eleonor, tenían apenas unos años menos que Richard Adelmare y seguían solteras, por lo que era muy poco probable que se casaran algún día. Era por esto que las mujeres ventilaban su frustración con comentarios hirientes contra la apacible Sarie Adelmare, quien a la tierna edad de doce años ya se había casado con un señor importante como lo

era Richard.

—Ya basta, ustedes tres.— su hermano estaba aun más molesto, si es que era posible—. Les dejé bastante claro que no toleraré más insultos contra la señora de Calborough. Esta es mi última advertencia, la próxima vez las enviaré a algún convento de Iedhre.

La amenaza surtió efecto, al menos en parte, puesto que tanto Emmeline como Eleonor cesaron sus risas. En cambio, en Elianne, de carácter más belicoso que el de sus hermanas, tuvo el efecto contrario.

—Pues me parece que esta furcia no tiene derecho a llamarse señora de Calborough hasta que no sea capaz de engendrar un varón. ¡O a lo menos un bebé sano!— la mujer resopló con indignación—. Tres años de matrimonio y el único vástago que os a dado es una niña enfermiza que seguramente morirá en unos meses más. ¡Nuestra madre, que Iedhre la tenga en su gloria, dio a luz a cinco niños sanos antes de morir! ¡Cinco! Y si Dennis no hubiese muerto en la guerra contra Rebhein, aún estarían vivos todos ellos.

—¡Ya fue suficiente, Elianne!— exclamó Lord Adelmare, al tiempo que golpeaba la mesa con sus puños.

En ese preciso instante, la pesada puerta de nogal del comedor se abrió con un crujido grave. Un sirviente joven se asomó por ella y corrió presuroso a cerrar el postigo batiente. Sarie Adelmare aprovechó la interrupción para levantarse.

—Pido vuestro permiso para retirarme, mi señor.— su esposo pareció confundido, sin embargo ella se escabulló por la puerta antes de que tuviese tiempo de negarle el permiso.

Una vez en el pasillo, Sarie procedió a recorrerlo a paso veloz pues sus pesadas enaguas le impedían correr, como le habría gustado hacer en aquel momento. Tras subir una empinada escalera de caracol llegó hasta la guardería sin aliento. En ella, una regordeta nodriza acunaba a una pequeña de pocos meses en sus brazos. Al ver entrar a Sarie, se levantó.

—Mi Lady, no os esperaba tan pronto. ¿Cómo ha estado vuestra cena?

—Ha estado perfecta, Lena.— la joven, una vez recuperó el aliento, extendió los brazos hasta su hija, por lo que la nodriza se la entregó—. Puedes retirarte por hoy.

—¿No necesitáis que os lleve a vuestros aposentos, mi señora?

—No, me quedaré despierta un rato más. Ve a descansar

—Como ordene.— la mujer hizo una reverencia—. Que el Padre y la Madre resguarden vuestro sueño.

—Y el tuyo, Lena.— contestó la joven de manera casi automática, después de una década y media de responder lo mismo.

Una vez la mujer se hubo retirado, Sarie permitió que las lágrimas corrieran libremente por su rostro. Se sentó en el suelo con la espalda apoyada en la pared y abrazó a su hija, mientras sollozaba silenciosamente.

Cuando Sarie llegó a vivir al castillo de Calborough, hacia ya tres años, las trillizas le habían intimidado inmediatamente con sus comentarios sarcásticos y malintencionados. Richard, al verla encogerse como un animalillo asustado cada vez que alguna de ellas entraba a la habitación, le aseguró que una vez se acostumbrasen a su presencia estos cesarían. Sin embargo, el tiempo había pasado y la saña con que las hermanas molestaban a Sarie no hacia más que aumentar, llegando hasta niveles más allá de lo soportable para el carácter tímido e impresionable de Lady Adelmare.

Por si todo aquello fuera poco, su padre había muerto la primavera pasada y no había podido ir al funeral a despedirle como dictaba la costumbre puesto que su embarazo se había complicado demasiado como para permitirle hacer el viaje hasta su tierra natal. Por esa razón, su hermano mayor, un feligrés ferviente del culto a Gerbhuld, había decidido cortar cualquier tipo de relación con ella, haciendo que la desolación que Sarie sentía se incrementara enormemente. Sólo la pequeña criatura que sostenía entre sus brazos había logrado mermar un poco el desconsuelo de la noble, era por este motivo que cuando las trillizas le recordaban lo frágil que era su hija, y que en cualquier momento podía morir, Sarie sentía la urgencia de correr a acunarla en sus brazos, intentando protegerla de todo mal.

Horas más tarde, Lord Adelmare entró a la habitación, con expresión cansada, y suspiró ligeramente irritado al ver a su esposa sentada en el piso. Las lágrimas ya se habían secado y ahora sólo abrazaba a la bebé, luchando contra el cansancio que la hacía cerrar sus ojos oscuros.

—Querida,— el hombre extendió una mano para ayudarla a incorporarse— es tarde. Os acompañare hasta vuestros aposentos.

Era una orden, no una pregunta, por lo que Sarie lo siguió sin oponer resistencia. Bajaron por varias escaleras de piedra y recorrieron múltiples pasillos, guiados sólo por la luz de una antorcha que él llevaba

en su mano. Richard observó al pasar por una ventana que, si bien la tormenta había amainado, una lluvia ligera persistía. Se maldijo una vez más por haber accedido a los caprichos de su esposa.

Calborough era un pueblo instalado en la linde del caudaloso río Omb, pero sólo habían construcciones de un solo lado de este, puesto que del otro lado se levantaba casi inmediatamente una pared de tierra enorme y prácticamente vertical. La única estructura de ese lado del río era una casona de piedra, en paralelo al castillo y unida a este por un puente de madera, el cual levantaban cuando habían embarcaciones navegando por las aguas.

Esa casa había sido una petición de Sarie a Richard poco después de casados, puesto que las primeras noches en el castillo había dormido muy mal a causa de las constantes bromas que las trillizas ideaban para evitar que durmiese. Había accedido pues pensaba que sería algo temporal hasta que su esposa se lograse acostumbrar al lugar, sin embargo cada vez le costaba más y más sacarla de la casona.

—¿Cómo está Ciorsaidh?— le inquirió de súbito Richard, refiriéndose a su hija, a la cual habían nombrado igual que la anterior señora de Calborough.

—Su fiebre ya remitió, mi señor.— contestó la mujer—. Me parece que ya es seguro decir que está a salvo.

—Me alegra oír eso.— le respondió, aunque nada en su expresión lo demostraba.

El silencio imperó entre ambos, al menos por unos minutos. Cuando ya casi llegaban a la salida principal del castillo, donde un criado los esperaba con unas pesadas capas, Sarie se atrevió a hablar.

—Mi señor,— el hombre se detuvo y la observó, instándola a continuar—. ¿Me amáis?

La pregunta pareció tomar por sorpresa al hombre, y por primera vez en los tres años de matrimonio que llevaban juntos, Sarie pudo leer la expresión de su rostro como un libro abierto. El señor de Calborough carraspeó, recobrando la compostura, antes de hablar:

—Sois… una esposa ejemplar.— la tristeza se reflejó en los ojos castaños de su esposa, quien evidentemente esperaba otra respuesta—. Y una madre excepcional. No podría pedir a alguien mejor para gobernar Calborough a mi lado. Espero que los comentarios de Elianne no os aflijan, son sólo habladurías sin sentido. Pronto tendremos el heredero que tanto

deseamos.

Depositó un beso en su mano y dio instrucciones al criado para llevarla sana y salva a la casona, tras lo cual se retiró. Lady Adelmare se puso la capa que le ofrecía el sirviente, tras lo cual arropó lo mejor que pudo a Ciorsaidh. Acto seguido, el criado y ella atravesaron la puerta hacia el exterior.

Por supuesto que su correcto esposo no la amaba. El sólo hacía, pensaba y sentía lo que los nobles consideraban decoroso o apropiado. Y si alguna vez había amado, fue hasta que su primer prometida falleció trágicamente producto de una peste.

El noble había guardado el luto que se consideraba apropiado para aquellas situaciones, siete años, tras lo cual se había apresurado a casarse con Sarie. Todos, incluida ella, habían pensado que su apuro se debía a que estaba locamente enamorado de la hija de una familia noble tan joven como lo era la de su esposa. Con los años, sin embargo, Sarie había comprendido que su urgencia se había debido más a que quería tener a un heredero lo más pronto posible. Y esta noche había terminado de comprobarlo, pues él no le amaba ni un poco.

Pero Sarie si le amaba. Le amaba tanto que le costaba respirar cuando él entraba en la habitación. Le amaba tanto que le dolía el pecho cada vez que fallaba en quedarse embarazada, mes tras mes. Le amaba tanto que cuando comprendió que era estéril, se prometió que haría cualquier cosa por darle un heredero.

Y eso fue lo que hizo. Al principio rezaba y hacía donaciones a todos los templos de Iedhre, la diosa madre de todas las cosas. Cuando eso no resultó, viajó hasta los lejanos templos del dios padre, Gerbhuld, y sacrificó animales de toda clase, incluso llegó a pedirle que tomara su vida tras haber dado luz al hijo de Richard. Pero los dos padres del mundo se negaron a escuchar sus plegarias.

Entonces, hacía apenas un año atrás, alguien le habló del templo del dios olvidado.

La leyenda contaba que en el principio de los tiempos, tres dioses se dispusieron a dar vida al universo, sin embargo, pronto se dieron cuenta que para crear sólo se necesitaban dos, uno femenino y otro masculino, por lo que Gerbhuld y Iedhre desterraron al tercer dios, cuyo nombre cayó en el olvido. A pesar de esto, los primeros humanos hicieron algunos templos en su nombre y, según la leyenda, si prometías dar algo de igual o mayor valor, el dios olvidado te lo cumpliría, fuese lo que fuese.

Sarie se sorprendió cuando le contaron que uno de esos misteriosos templos abandonados estaba a apenas unas horas de

caminata de Calborough. La joven noble no perdió el tiempo y fue esa misma noche a comprobarlo, a pesar de que una tormenta azotaba ferozmente la región.

Una vez lo hubo encontrado, Sarie subió hasta la habitación más alta. Esta no tenía techo, por lo que la lluvia golpeaba a la muchacha sin piedad, mientras los truenos retumbaban más cerca de lo que a Sarie le habría gustado. Pero no había recorrido todo ese camino para irse con las manos vacías. Hizo acopió del poco valor que tenía y avanzó hasta el altar, donde cayó de rodillas, con los brazos abiertos y el rostro mirando al cielo.

—¡Escucha mi plegaria!— gritó Sarie a pleno pulmón—. ¡Prometo que si me das un hijo para Richard, yo, Lady Sarie Adelmare, haré que tu nombre sea recordado!— bajó el rostro, puesto que la lluvia le molestaba, y un mechón de cabello negro cayó sobre su frente—. Por favor, eres mi última esperanza.

A final de aquel mes, no le llegó su periodo. Ni en los siguientes ocho meses. Su vientre se hinchó y sus pechos crecieron, todo su cuerpo se preparaba para crear una nueva vida. Y su esposo no cabía en si de la felicidad, dando a su esposa todos los mimos y atenciones que no le había dado antes.

Sin embargo, nueve meses pasaron y en vez del varón con el que Sarie había soñado, nació una débil niña, que casi no sobrevivió su primera hora de vida. Y entonces se dio cuenta con horror de que había pedido un hijo, pero que nunca había pedido que fuese hombre o que viviese hasta adulto. Y si bien ella amaba con todo su ser a Ciorsaidh, su esposo perdió la alegría de los últimos meses, y todo volvió a la normalidad.

—Buenas noches, mi Lady.

La voz de Berthold, el guardia encargado de levantar el puente y cuidar la casona de la noble, le sacó de sus cavilaciones.

—Buenas noches, Berthold. Lamento haberte tenido despierto hasta tan tarde.

—No os preocupéis, mi señora, Lord Adelmare espera un barco de la capital dentro de unas horas más, así que de todas formas debo quedarme hasta tarde haciendo guardia.

—¿De la capital?— Sarie estaba sorprendida, no eran muchas las visitas que recibían de la capital del reino—. ¿Qué querrán los capitalinos aquí en

Calborough?

—Lo mismo me pregunto yo, mi Lady.— le respondió con una sonrisa—. Pero supongo que ya lo averiguaremos cuando lleguen.

Tras decir esto, el hombre la apremió a entrar a su hogar, donde una chimenea encendida y una cama mullida la esperaban. Depositó a Ciorsaidh en su cuna y no tardó en conciliar el sueño.

Despertó horas más tarde con el jaleo del barco. Habían levantado el puente, al menos una de las partes. La otra funcionaba como muelle provisorio para el barco, del cual salían acordes de instrumentos y risas.

Movida por la curiosidad, Sarie revisó a su hija, quien dormía apaciblemente a pesar del ruido, y bajó al primer piso. Al abrir la puerta se topó cara a cara con una mujer de aspecto extraño.

Cubría su rostro moreno con un pañuelo morado, del cual colgaban muchas monedas de oro, por lo que solo se le veían sus ojos verdes y su cabello negro y rizado, el cual se agitaba salvajemente con el viento.

—Mi señora, debéis apresuraos.— la extraña mujer hablaba con un acento que Sarie no supo reconocer—. Ciorsaidh corre peligro.

—¿De que estas hablando?— contestó asustada—. Mi hija está sana y salva en su cuna.

—Es su promesa con el dios olvidado.— Sarie contuvo una exclamación de sorpresa—. Viene a cobrarla esta noche.

—No veo como eso pone en peligro a Ciorsaidh.— dijo, ignorando el hecho que esa mujer supiera sobre su promesa.

—Viene a buscarla.— antes de que Sarie pudiese hablar, la mujer continuó—. Prometió hacer que el mundo recuerde su nombre, algo que él llevaba milenios esperando. Sin embargo está furioso porque aún no habéis cumplido vuestra promesa, así que piensa llevarse a su hija en castigo.

—¡Pero ni siquiera ha pasado un año!

—Pero él está furioso e impaciente. Se ha vuelto demasiado cruel y vengativo.

—¡Entonces debemos irnos ya!— Sarie iba a entrar a la casa, pero la

mujer la retuvo sosteniéndola por la muñeca.

—No servirá de nada, mi señora. Tenéis que ir al templo y anular el contrato.

—¿Cómo?— preguntó ella, desolada.

—Tenéis que repetir esto:

"Calor, frío

Invierno, estío

Fuego, hielo

Tierra y cielo

Todas las cosas

Hechas por dos

Y así, no son poderosas

Las promesas al tercer dios"

—la mujer tiró de ella hacía afuera—. Pero debéis ir inmediatamente. Si las nubes vuelven a cubrir la luna, el encantamiento no tendrá efecto.

Sólo entonces Sarie vio que el cielo estaba despejado, pero que una masa de nubes negras avanzaban hacia la luna llena que iluminaba el cielo. Sarie comprendió entonces la urgencia de la mujer, puesto que dentro de máximo una hora, las nubes cubrirían la luna. La noble se despidió apresuradamente de la mujer y echó a correr siguiendo la corriente del río, el cual se agitaba con furia. Era tal su desesperación que no vio a Berthold, el cual tenía el cuello doblado en un ángulo antinatural y la mirada vacía.

El alma se le vino a los pies cuando se dio cuenta de que no llegaría jamás al templo a ese ritmo. Justo cuando había perdido esperanzas, vio un bote a remos a la orilla del río.

Sin pensárselo dos veces, lo empujó al agua y se subió, sin siquiera preguntarse que hacía un bote a remos en la orilla. Remó incluso después de que los brazos le dolían más de lo que creía posible, pues la

sola idea de perder a Ciorsaidh la aterraba más allá de lo imaginable.

Súbitamente, la corriente succionó uno de sus remos, y el otro no tardó en seguirlo. Sarie se dio cuenta, con horror, que ahora estaba a merced del río tormentoso. Y no tardó en averiguar cual sería su destino, cuando vio como el agua chocaba violentamente contra una roca enorme.

Escuchó una risa estridente, y se dio vuelta para ver a la extraña mujer, con sus ojos verdes encendidos como dos faroles y sonriéndole con una boca llena de colmillos blancos. La mujer le dio una última mirada y se perdió en la espesura del bosque, dejando una estela de luminiscencia verde tras de si, mientras que sus carcajadas sonaban más fuerte que el agua chocando contra la roca.

Sarie maldijo, lloró y cerró los ojos. Se había acabado para ella. El pequeño bote de madera se partió con un estruendo, y la joven sintió como todo su cuerpo chocaba dolorosamente contra la piedra. Su último pensamiento fue que ya había visto esos ojos brillantes, hacía mucho, mucho tiempo.

Capítulo 2

1.-Aouregahn

Con un último esfuerzo, la joven sujetó la rama del árbol y se impulsó para poder llegar hasta la parte más alta. El sol había comenzado a bañar de luz el Bosque de los Errantes y el viento que pasaba raudo entre los árboles les arrancaba un sonido aullante que según la leyenda eran los gritos de las almas vagabundas que habían desobedecido a los Padres Creadores. Era aquella superstición la que había contribuido a que nadie en todo Cedlioch se atreviese a adentrarse en la profundidad del bosque, nadie excepto la joven Aouregahn, su madre y algunos grupos de forajidos que se escondían temporalmente en el bosque en su huida a la frontera.

Ella no sabía de que se escondían, su madre jamás le respondía cuando le preguntaba de pequeña, sin embargo, en múltiples ocasiones se había despertado en mitad de la noche para encontrarse con su madre oteando la oscuridad con una expresión de terror.

Prácticamente toda su vida había consistido en viajar de un lugar a otro del bosque, siempre preocupándose de cubrir sus rastros. Incluso si encontraban una zona con comida y agua en abundancia, nunca se quedaban más de un par de días en ella.

El sol alcanzó el árbol en el cual se encontraba y sacó unos destellos dorados de su corta melena. Su apariencia era un tanto peculiar, con el cabello muy corto y rubio claro, la piel morena y unos ojos de un brillante color amarillo, como los de un lobo, solía decirle su madre. Era menuda, pero los años de luchar por sobrevivir en el bosque habían resultado en un cuerpo atlético y más fuerte de lo que se podía suponer a primera vista.

Abajo, al nivel de suelo, su madre había despertado y gritaba desesperada llamándola. Aouregahn suspiró, su momento de descanso había acabado.

—¡Estoy aquí arriba, madre!— exclamó, tras lo cual los gritos de su madre cesaron—. Ya bajo.

Oteó una última vez el horizonte y comenzó la ardua tarea de bajar. Tras un largo rato, sus pies tocaron el suelo cubierto de hojas. Su madre, que estaba sentada apoyada en el tronco de un árbol mientras cocinaba unas castañas en las brasas que habían quedado del fuego de la noche anterior, le observó molesta y bufó, clara señal de estaba a punto de darle un sermón.

—¿Qué hacías arriba de ese árbol?— le soltó sin más rodeos.

—Estaba pensando en lanzarme y ver si aprendo a volar de una vez por todas.— le dijo al tiempo que se sentaba frente a las brasas para calentarse un poco. La luz del sol no alcanzaba ese lugar del bosque y la temperatura era gélida a esas horas—. Ya sabes, como los polluelos cuando sus padres los tiran del nido.

—No le veo la gracia, hija. Estaba realmente preocupada por ti.— los ojos se le pusieron llorosos—. Sabes que tenemos que escondernos, y si me despierto y no estas me temo lo peor. No sabes a lo que nos estamos enfrentando.

—Ya estas con eso de nuevo.— antes, las lágrimas de su madre hubiesen sido suficiente para hacerla desistir de preguntarle, sin embargo con el tiempo su irritación se había vuelto mas grande que su debilidad ante el llanto materno—. Lo sabría si me dijeras, en vez de pasar catorce años haciéndome huir de un enemigo invisible.

—Aoure, no puedo decirte porque…

—¿Por qué, madre?— le gritó furiosa—. Llevas evitando responderme esa pregunta desde que tengo memoria.

Sin esperar una respuesta de parte de la mujer, Aouregahn se levantó y se fue caminando sin rumbo fijo. Sabía que, a pesar de que su madre se moría de ganas de seguirla y ver que nada malo le ocurriese, esperaría a que su enojo hubiese disminuido.

La joven encontró el riachuelo que las proveía de agua, se sentó en la orilla y comenzó a lanzar piedritas al agua. Se sobresaltó cuando el agua le mostró el reflejo de una mujer pálida de cabello castaño oscuro, tardó unos instantes en reconocer a su madre, sin embargo no se movió. Ella se sentó a su lado y extendió su mano para ofrecerle unas castañas asadas. Aouregahn se fijó que en sus manos habían aparecido varias ampollas, probablemente las había tomado antes de que se hubiesen enfriado en su desesperación por seguirla. Cogió una y se la echó a la boca. Su sabor terroso inundó sus papilas y su estomago rugió, exigiendo comida.

Tras comer las castañas se levantaron en silencio. Seguía enojada, pero ya era momento de iniciar su rutina diaria. Aouregahn fue a comprobar las trampas, recogiendo los animales que habían caído en ellas y arreglando las que se habían roto. Volvió con tres liebres, las cuales procedió a limpiar mientras su madre remendaba las pocas prendas de ropa que tenían.

—Aoure.— le llamó su madre, sin levantar la vista de la capa harapienta que remendaba. La joven dejó de limpiar la liebre que tenía entre las

manos y levantó la vista—. Hoy nos marchamos de aquí.

—¿Qué? ¿Por qué?— dijo Aouregahn, molesta—. Aquí hay muchos animales pequeños y ya tenemos varias trampas instaladas.

—Lo sé, cariño, pero llevamos muchos días acá.— respondió su madre, levantando la vista.— Y se acerca la época de hambruna.

La gente rara vez entraba al bosque durante la mayor parte del año, pero cuando las hojas amarilleaban comenzaba lo que su madre llamaba "la época de hambruna": unas semanas después de que finalizara la cosecha, los nobles comenzaban a exigir su parte de ella, dejando las despensas de los campesinos casi vacías. Durante esta época, muchos hombres se atrevían a adentrarse en el bosque, ya que ver a sus familias lentamente morir de hambre era más aterrador que cualquier espíritu del bosque. Y Aouregahn sabía lo que esa temporada significaba para ellas.

—¡No pienso volver a esa cueva!— desde hacía varios años, su madre había comenzado a insistir que durante esa época se encerrasen en una cueva oscura y húmeda para evitar encontrarse con los campesinos—. No me puedes hacer volver allí.

—Cariño, es la mejor opción—. intentó apaciguarla su madre.

—¡No lo es! La última vez estaba tan húmeda que casi todas nuestras provisiones se pudrieron la primera semana.— dijo la joven, con el rostro rojo y los puños tensos —. Casi morimos de hambre.

—¿Acaso tienes una mejor idea?— le respondió su madre de manera brusca. Su paciencia comenzaba a agotarse.

—De hecho sí. Podemos ir al claro y…

—Al claro no.— respondió tajantemente la mujer—. Ya tuve suficiente de esta discusión. Nos vamos cuando las liebres estén asadas.

El claro había sido uno de los mayores temas de discusión entre ellas los últimos meses. Durante uno de sus cambios de locación habían encontrado un punto en el bosque donde los árboles tenían suficiente distancia entre si como para permitir que la luz del sol llegase hasta el suelo, resultando en una gran cantidad de arbustos de bayas y, por supuesto, animales que venían a alimentarse de ellas. Pero esto no era lo que había cautivado tanto a Aouregahn, si no la cantidad de luz que llegaba a él. Sólo había visto tanta luz en las pocas veces que había logrado escaparse de la vigilancia de su madre y había llegado hasta la copa de los árboles.

A pesar de su insistencia acerca de lo ventajoso del lugar, su madre se negó a quedarse allí, alegando que estaban demasiado expuestas. Esto había vuelto a encender las ganas de saber de que huían en la mente de Aouregahn y desde entonces habían discutido varias veces por que la joven quería volver.

Sin embargo, esta vez la joven no insistió. Conocía a su madre y sabía que si seguía intentando convencerla sólo la colocaría más nerviosa, haciendo que quisiese partir antes. Por esta razón, la joven decidió callar y ambas continuaron con sus tareas sin dirigirse palabra alguna.

Los únicos sonidos que escuchaban era el aullido del viento y el crepitar y sisear del fuego mientras se cocinaba su almuerzo. Por esta razón, Aouregahn se sorprendió cuando escuchó una voz tras de ella.

—¿Quién lo diría, muchachos?— dijo socarronamente una tosca voz—. Así que aquí se estaba escondiendo la rata asquerosa que traicionó a los Declerc. ¿Cuánto creen que nos pague el marqués por traérsela?

Observó la expresión de terror en los ojos de su madre, muy similar a la que había visto durante las noches mientras observaba la oscuridad, y se dio vuelta. Frente ellas se encontraban cinco hombres, y a diferencia de los desnutridos y harapientos bandidos que se habían encontrado en varias ocasiones, estos estaban en forma, portaban armas de buena calidad y llevaban bordado un escudo de una familia noble sobre sus impecables jubones.

—Ha pasado mucho tiempo, Thora.— dijo el mismo que había hablado antes, un hombre grande y tosco, que se veía casi ridículo en el uniforme que lo acreditaba como parte de la guardia de una familia noble—. Jamás pensé que la cortesana favorita de Arnaut Declerc hubiese terminado escondiéndose en este bosque olvidado de los dioses. Has tenido una larga caída, arpía.— mientras decía esto, los otros guardias comenzaban a rodearlas, cerrándoles el paso. Aouregahn consideró escapar antes de que lo lograsen, pero el carcaj que uno de los hombres portaban la convenció de lo contrario, después de todo, parecía que a quien necesitaban viva era a su madre, no a ella.— ¿Y esa quién es? ¿Acaso tuviste una hija con ese bastardo de Pawold?– le observó lentamente desde los pies hasta la cabeza, haciéndola sentir increíblemente incómoda—. No, nadie en Pawold tiene el cabello tan rubio como ella. ¿Acaso tenías a otro que te calentara la cama, además de el marqués y el espía?

—Déjala fuera de esto, Ames.— le respondió cortantemente—. Es sólo una huérfana que rescaté cuando huí de Syford.

Para Aouregahn, la última frase se sintió como un puñetazo en el estomago. Sabía que no era hija de Thora, es más, recordaba el día que la había rescatado cuando tenía cuatro años y unos niños le tiraban piedras,

burlándose de su curiosa apariencia. Sin embargo, desde aquel día Thora la trató como su hija, le puso un nombre y jamás mencionó que no estaban unidas por sangre hasta aquel momento.

—Será sólo una huérfana, pero le tienes cariño.— dijo Ames maliciosamente—. Así que viene con nosotros. Quizás el marqués quiera apreciar esos lindos ojos más de cerca.

Hizo un gesto con la mano, tras lo cual los otros hombres las sujetaron y maniataron. Inmediatamente, los guardias las obligaron a caminar tras ellos. Los hombres avanzaban a paso lento, obviamente poco acostumbrados a andar por el bosque, y observaban sus alrededores con cautela. Para cuando hubo anochecido, no habían avanzado ni la mitad de lo que podrían haber recorrido Aouregahn y Thora por su cuenta.

Amarraron a las mujeres al tronco de un árbol e hicieron una fogata, sin embargo ellas estaban muy lejos como para que les llegara suficiente calor en aquella húmeda noche. Los guardias comprobaron sus provisiones, las cuales no les durarían más de tres días. Según lo que pudo deducir de su conversación, llevaban ya siete días vagando por el bosque cuando las encontraron, por lo que la comida representaría un problema. Acordaron que el del arco se levantaría al amanecer al día siguiente para ver si cazaba algo.

Antes de irse a dormir, discutieron sobre que harían con ellas. Evidentemente, lo mejor que podían hacer con Thora era entregársela a Lord Declerc, pero no sabían si el hombre prefería que hubiesen comenzado a castigarla por su traición durante el camino o que llegase en buenas condiciones ante él. Finalmente se decantaron por la segunda opción. Seguidamente, comenzaron a discutir que harían con Aouregahn, uno de los hombres propuso usarla para divertirse en el viaje y luego entregársela al marqués, sin embargo, Ames se opuso, alegando que podían sacarle mucho más dinero vendiéndosela intacta al noble. Otro de los hombres, sin embargo, argumentó que el marqués probablemente no quisiera a la hija adoptiva de una traidora. Discutieron un buen rato, durante el cual Thora sujetó la mano de la joven con preocupación. Al final, los hombres decidieron que no le harían nada y al llegar a Syford se la venderían a Madame Joanne, la dueña del burdel que solían frecuentar los nobles de los alrededores. Una vez hubieron decidido esto, sortearon quien haría guardia primero y se fueron a dormir. A pesar de que estaba asustada, Aouregahn no tardó en quedarse dormida.

Se despertó mucho más tarde, cuando sintió que las cuerdas que la sujetaban al árbol se aflojaban. Prestó atención y pudo oír como su madre forcejeaba con uno de los guardias, el cual le susurraba que se quedase callada si no quería que fuese donde su hija en vez de con ella. Su madre dejó de luchar, por lo que el hombre pudo desatarla y luego rápidamente volver a amarrar la cuerda, dejando a Aouregahn sujeta firmemente al

tronco una vez más. Se llevó a su madre a la oscuridad del bosque, mientras la mujer temblaba incontrolablemente intentando contener sus sollozos.

La joven forcejeó inútilmente durante unos instantes y se planteó gritar, pero probablemente sería peor para su madre si despertaba a los otros hombres. Súbitamente, un aullido espectral le heló la sangre, parecía una risa cargada de dolor y malicia. Fue seguido de unos gritos desesperados, los gritos de su madre y el guardia. Los otros hombres se incorporaron y tomaron sus armas, tras lo cual salieron corriendo a ver que sucedía, dejándola completamente sola.

Pudo escuchar que los otros hombres gritaban también, algo le había sucedido a su compañero y habían llegado muy tarde. Le echaban la culpa a su madre y ella gritaba, de dolor, de terror, no tenía como saberlo. Intentó liberarse de las cuerdas nuevamente, entonces los vio: dos brillantes puntos dorados observándola fijamente. Aterrorizada, pensó que se trataba de un lobo, sin embargo la estela dorada que dejaban al moverse la convenció de que era imposible. El ser masculló algo, sin embargo Aouregahn sólo pudo entender la última palabra:

—…Mía.

Comenzó a temblar, aterrada, y cuando pensó que la criatura se acercaría a ella, llegaron los guardias arrastrando a una ensangrentada y sollozante Thora. Cuando la joven miró nuevamente, los ojos dorados habían desaparecido. Entonces se fijó en los guardias.

Sólo cuatro habían vuelto.

Capítulo 3

2.- Ciorsaidh

Cio se miró al espejo incapaz de creer que la joven en la imagen era ella. Normalmente llevaba su cabello negro como ala de cuervo recogido en una trenza apretada que llegaba hasta la mitad de su espalda, sin embargo, la mujer capitalina que su padre había contratado para arreglarla se lo había recogido en un elegante rodete en lo alto de su cabeza y había dejado un par de mechones estratégicamente colocados para enmarcar su rostro con forma de corazón. Por primera vez la habían maquillado, pintándole los labios de un rosa pálido y los ojos de un color cobalto que hacía resaltar sus ojos grises. Finalmente, el vestido con corpiño ajustado hasta la cintura, y la amplia y elegante falda blanca con rosas bordadas en hilo de plata terminaban de hacerla parecer mayor de lo que era.

Cio odiaba la imagen que le devolvía el espejo.

No es que la joven sintiera aversión hacia como se veía, de hecho, estaba admirada con el trabajo que había hecho la mujer. En realidad era que detestaba lo que significaba que la hubieran arreglado así.

Lena, su vieja nodriza, irrumpió en la habitación como un torbellino, seguida por un muchachito al cual bombardeaba con indicaciones. Se detuvo abruptamente cuando la vio, observándola emocionada de arriba para abajo.

—Mi señora, os veis igualita a una ninfa.— sacó un pañuelo y se secó los ojos con disimulo.

—Tus ojos te están fallando, Lena.— río la joven, fingiendo una alegría y despreocupación que no sentía—. Eso o las ninfas son demasiado parecidas a adolescentes flacuchentas, larguiruchas y torpes.

—Sois demasiado humilde. Si sois tanto o más hermosa que vuestra madre, que Iedhre la tenga en su gloria.

—Creo que son los ojos en mal estado.— le dedicó una sonrisa a la mujer, la cual puso los ojos en blanco y rió. Contempló nuevamente su imagen en el espejo y suspiró—. Esta boda va a suceder me guste o no, ¿cierto?

—No seáis tan pesimista, las bodas siempre traen alegrías y buenas nuevas.

—Me gustaría tener tu certeza, Lena, pero la verdad es que sigo teniendo mis dudas sobre esta unión.

—Tranquila, sobrina. Nadie se ha muerto por asistir a una boda.— sin que nadie se percatara, Emmeline se había apoyado en el dintel de la puerta y observaba a las dos mujeres—. Aunque he escuchado que el sacerdote de Gerbhuld que la presidirá ha estado a punto de matar a varios del aburrimiento.

—Pues, con todo respeto, no es tu padre el que se casa, tía Emmeline.— bufó la muchacha, contrariada.

—Deja de hacer rabietas, que ya estas demasiado grande para eso, Cio querida.— le contestó la mujer—. Además, Lady Fenhurscht es una esposa apropiada para tu padre.

—Apropiada si, pero ¿qué pasa con el amor?¿De verdad crees que están enamorados?

—De nuevo con la tontería esa.— Emmeline sacudió su cabeza provocando que sus rizos, tanto grises como rubios, se balancearan—. Nunca consentí que mi hermano llenara tu cabecita con esos cuentos de hadas sobre el amor, ¿sabes? Pero la verdad tenía muy poco que decir sobre el asunto, después de todo, sólo soy tu tía.

—Pues yo no creo que sea una tontería.— refunfuño la joven.

—No hagas esos gestos que te vas a arrugar antes de tiempo.— le respondió su tía, observándola—. Y sería una pena que pasaras de niña a vieja, ahora que recién comienzas a parecer una adulta. ¿Hay que hacerle ajustes a tu vestido? Recuerda que esta es la ultima vez que puedes hacerle, sólo quedan cuatro días para la boda.

—No, Tía Emmeline, el vestido está perfecto. ¿Tía Eleonor y tía Elianne ya llegaron?— inquirió la joven, deseando tener una excusa para irse de allí.

—Si, esas dos viejas no se perderían un evento de esta importancia ni aunque los Padres Creadores mismos se interpusieran en su camino.— su tía rió, mientras que Lena, que a pesar de creer en las hadas y ninfas era una ferviente feligresa de la Iglesia de los Padres Creadores, rezaba una pequeña oración para protegerse ante semejante blasfemia.

Según lo que le habían contado a Cio, apenas hubieron terminado los funerales de su madre, Lord Adelmare envió a Elianne a un convento de Iedhre, algo con lo que solía amenazarla cuando su mal humor salía a flote, que según le habían dicho era bastante habitual. meses después, su padre logró concertar matrimonios tanto para Eleonor como para Emmeline, pero esta última se había negado, arguyendo que Cio

necesitaba de alguien que le enseñara las labores de la señora de Calborough.

Actualmente, Elianne dirigía su propio convento y Eleonor había dado a luz a diez hijos, tres de los cuales habían muerto. Ambas, por lo tanto, estaban demasiado ocupadas llevando las cuentas de un convento y criando a siete niños revoltosos como para visitar su antiguo hogar, por lo que Cio no tenía muchos recuerdos de ellas.

De sus primos, por otra parte, tenía muchos, puesto que cuando su tía sufría una temporada de migrañas, algo que se volvía más y más frecuente a medida que pasaban los años y su cansancio aumentaba, enviaba a su prole a Calborough. Si bien no se llevaba muy bien con los menores puesto que eran muy malcriados— aparentemente Eleonor se había rendido con la crianza de sus hijos en algún punto—. con los cuatro mayores era muy cercana. Rowen era el mayor, con catorce años, le seguían Vinca y Vania, de doce, y finalmente estaba Nellie, de once.

Ante la noticia de la llegada de sus primos, Cio le pidió a la mujer que le ayudará a cambiarse por algo más apropiado, aunque le pidió que dejase el peinado y el maquillaje. Tras haberse cambiado, salió tan rápido como pudo a buscar a sus primos.

Afuera, el sol iluminaba el patio del castillo, aunque una brisa helada mantenía el ambiente a una temperatura agradable. Cruzó el puente de madera y divisó a sus cuatro primos en donde solían ir apenas llegaban a Calborough: la antigua casa de Lady Sarie.

Nellie fue la primera en correr hacia ella, con una sonrisa de oreja a oreja, la pequeña era la viva imagen de su madre cuando esta tenía su edad, con ojos claros y una cabecita llena a más no poder de voluminosos rizos dorados. Le seguían Vinca y Vania, ambas con el cabello grueso y cobrizo como el de su padre y con el rostro cubierto de pecas. Tras abrazar a sus primas, reconoció a Rowen por su cabello color arena, mientras este cruzaba el puente a paso lento, conversando con un joven y seguido por un niño de unos seis años y un criado.

Al llegar a donde estaba ella, su primo le abrazó con cariño y procedió a presentar a los desconocidos

—Prima, ellos son los hijos del Señor de Kless: Ethan y Peter Gundre.

Ethan debía tener aproximadamente su edad, tenía el cabello castaño recogido en una coleta y sonreía con confianza. Peter, por otra parte, rehuía las miradas de todos y llevaba el cabello color chocolate mal cortado. El tercer individuo era un criado personal de los Gundre, un joven de mirada hosca y cuyo cabello castaño oscuro caía enmarañado hasta

sus hombros.

—Un gusto conoceros, mi nombre es Ciorsaidh Adelmare, pero podéis llamarme Cio simplemente.— tras decir esto, le tendió su mano a Ethan, el cual la sujetó, besó sus nudillos y le dedicó una sonrisa encantadora. La joven se inclinó para mirar al hermano pequeño—. ¿Peter, no estaríais más a gusto jugando con los pequeños?

—Ya intentamos convencerlo, Cio,— habló Vinca, mientras desordenaba los cabellos del niño—. Pero se rehúsa a separarse de su hermano. ¿No es adorable?

—Si, el muchacho me tiene en una especie de pedestal.— bromeó Ethan mientras ponía sus manos en los hombros de Peter.

Para sorpresa de todos, el niño se deshizo del contacto con su hermano y corrió a escabullirse tras el criado.

—¡Calum!— el niño abrazó al criado, el cual le dijo algo al oído, lo cual hizo que el pequeño se secara las lágrimas y volviese a pararse junto a su hermano.

—Discúlpenlo, por favor, es que se cohíbe con desconocidos, especialmente con las desconocidas tan guapas como Lady Adelmare.— Ethan le guiño el ojo a la joven—. Les ruego nos excusen, pero creo que mi hermano debe hacer una siesta, no aguanta muy bien los viajes tan largos.— dicho esto, los Gundre y su criado se encaminaron al puente.

—Vaya que son raros sus vecinos, primos.— comentó la joven.

—Pues al menos tenemos vecinos.— rió Vania.

—Eso fue un golpe bajo, muchachita.— dijo Cio, fingiendo estar sumamente compungida por la burla.

—¡Sabes que detesto que me digas muchachita, Ciorsaidh!— bufó su prima—. Pero ya no podrás hacerlo más, ¿sabes? Padre dice que Vinca y yo probablemente tengamos nuestra presentación en sociedad antes del próximo invierno.

—Vinca puede ser, de ti lo dudo mucho porque eres muy pequeña aún.— se mofó la joven, y para acentuar aún más la burla apretó cariñosamente la mejilla de su prima.

—¡Ya empezaste con eso otra vez!

—¿Niñas, no deberían ir para que Bessie las arregle?— Rowen interrumpió la discusión con un gesto solemne que a Cio le recordó mucho al de Lord

Adelmare—. La cena será dentro de poco y tienen que estar presentables para entonces.

—¡Oh! yo me arreglo primero.— dijo la menor, acto seguido, salió corriendo, seguida por sus hermanas mayores, quienes también querían arreglarse lo antes posible.

—¿Quién crees que gane la carrera hasta Bessie?— dijo Cio mientras las veía alejarse en dirección al castillo—. Yo voto por Nellie, será pequeña y todo pero es muy ágil.

—Cio, tengo algo que contarte. Quizá no sea muy agradable, pero creo que debes saberlo.— dijo su primo, ignorando lo que acababa de decir. El tono de Rowen indicaba que era algo serio. Se sentó en el puente, con los pies colgando hacia el río. A la joven le hubiera gustado imitarlo, pero su vestimenta se lo impedía, por lo que se paró a su lado, apoyando los brazos en la baranda—. Como sabrás, nos demoramos en llegar porque tía Elianne pidió que la esperásemos para venirse con nosotros. La noche en que llegó se encerró en el salón de costura de mi madre para hablar. Nellie había olvidado su cajita de música allí, y ya sabes como se pone si no la tiene a la hora de dormir, por lo cual fui a buscarla.

>> Abrí un poco para pedir permiso para entrar, cuando escuché que hablaban de tu madre. Me sorprendí aún más cuando me di cuenta de que hablaban de la noche en que murió.

>> Mi madre insistía en que todos los males que las aquejaban se debían a como la habían tratado aquella noche, a lo que habían provocado. Tía Elianne insistía que nada de eso era culpa de ellas, que lo que tu madre había hecho era a causa de su carácter débil. No paraban de hablar de una tormenta horrible, y de que el río estaba más violento que de costumbre. También decían que si el barco del príncipe no hubiese armado tanto alboroto, y que si el guardia no se hubiese escapado, tu madre no hubiera tenido oportunidad de hacer lo que hizo.

—¿De que me estas hablando, Rowen?— dijo Cio, aunque intuía lo que Rowen iba a decir.

—Cio, tu madre se suicidó.— Rowen evitó la mirada atónita de su prima, avergonzado de ser el portador de tan horrible noticia—. algo que dijeron mi madre y sus hermanas afectó tanto a tu madre que se lanzó al río cuando todos estaban distraídos atendiendo al príncipe.

—No.— Cio fue bastante tajante al decir esto, sin embargo la credibilidad de la historia de que su madre había muerto a causa de una enfermedad empezó a resquebrajarse rápidamente—. No, no, no. Ella no habría hecho

eso. No, estás mintiendo.

—Me gustaría que fuese así.— le contestó con tristeza su primo—. Prefiero ser un mentiroso antes que imaginar el alma de tu madre rogándole perdón a Iedhre durante mil años. Pero es verdad y tenía que decírtelo. Así quizás puedas pedirle a la Madre que se apiade antes de ella.

Según dictaba la costumbre, cuando una persona se suicidaba, debían rogar durante mil años, a Gerbhuld los hombres y a Iedhre las mujeres, sin embargo, si sus hijos llevaban una vida ejemplar y rezaban con frecuencia, al morir estos, podían pedirle a los Padres Creadores que les dejasen llevarse a su padre o madre con ellos al Hogar Eterno.

Cio se separó de la baranda y se encaminó con paso decidido al castillo, dejando a su primo solo y desolado. Vagó sin rumbo por su hogar, meditando si la versión de Rowen era verdadera o no.

Sus pasos la llevaron hasta su padre, en el patio interior del castillo, quien estaba hablando con Lady Fenhurscht. Ella tenía que levantar mucho la cabeza para mirarle a los ojos, puesto que era muy baja y su prometido muy alto, un atributo que su hija había heredado. Melina Fenhurscht era de contextura voluptuosa, la cual aprovechaba utilizando atrevidos escotes, sin embargo, la expresión infantil de su rostro pecoso y sus ademanes dulces e inocentes evitaban que estos pareciesen demasiado vulgares. Sus grandes ojos verdes estaban enmarcados por sus claras y finas pestañas, y un mechón de cabello rojo se había escapado de su redecilla, contrastando su encendido color con la blancura de su piel.

Según lo que su padre le había contado, Lady Melina Fenhurscht era oriunda del lejano reino nortino de Schwanzerg, sus padres habían muerto siendo ella apenas una niña, heredándole una gran fortuna. A pesar de los muchos pretendientes que tuvo, Melina no había considerado la posibilidad de casarse joven, y a la edad de veinticinco años, agobiada por las atenciones de sus insistentes pretendientes, emigró al reino de Cedlioch, donde un año más tarde conocería a Richard Adelmare en un baile de la corte del rey. Dos años después, el señor de Calborough le propuso matrimonio, y tras dos años de cortejo protocolar por fin había llegado el día que Cio alguna vez imaginó tan lejano.

Por supuesto que no esperaba que su padre no se volviese a casar, después de todo, aún se esperaba de él que engendrase un heredero. Sin embargo, cuando los siete años de luto pasaron de largo y su padre no mostró signos de estar buscando nueva esposa, Cio pensó que quizás no lo haría nunca. Pero por supuesto, la sensata Emmeline se encargó de recordar a su padre de sus deberes.

Ambos hermanos discutieron acaloradamente la noche posterior a la presentación en sociedad de Cio como mujer en edad casadera. La joven espió parte de la conversación a través de la puerta del salón donde discutían.

—Hermano, ya han pasado once años desde la muerte de Lady Sarie.— a pesar de usar palabras cordiales, el tono de voz de Emmeline delataba la frustración que sentía—. Es vuestro dar un heredero varón al pueblo de Calborough.

—Ciorsaidh es más que capaz de llevar el mando del pueblo.— Richard estaba concentrado en unos documentos que reposaban en su escritorio, por lo que prestaba atención a medias a lo que su hermana decía—. Según sus tutores, es una alumna aventajada y tiene una habilidad innata para llevar cuentas, así que como verás, Calborough tiene un futuro líder competente. No hay necesidad de que me case nuevamente, Emmeline.— para enfatizar su idea, desdeño las palabras de su hermana con un gesto de la mano y continuó firmando los papeles.

Esto no fue del agrado de la mujer, quien se plantó frente a su escritorio y apartó de un manotazo los papeles, esparciéndolos por el suelo. Puso los brazos en jarra y confrontó a su hermano.

—No pongo en duda que mi sobrina será una mujer inteligente. Pero no estamos en uno de esos cuentos de hadas con los que le llenabas la cabecita de pequeña. Este es el mundo real y las mujeres somos meras posesiones.— Richard levantó la vista, por fin prestando completa atención—. Decidme, ¿qué pasará cuando se case? ¿Creéis de verdad que su esposo le permitirá gobernar el pueblo? ¿ O acaso planeáis que nunca se case? ¿Queréis condenarla a una vida solitaria? ¿Terminar con los Adelmare sólo porque no creísteis necesario volver a contraer nupcias?— Emmeline se encaminó hacía la puerta, por lo que Cio se escondió tras un tapete que colgaba en la pared—. Hermano, es vuestro deber tanto con la casa Adelmare como con vuestra hija.— tras decir esto, abandonó la habitación dando un portazo.

Apenas unos meses después de aquella discusión, Lord Adelmare les presentaría a la que sería la nueva señora Adelmare.

Su padre se percató de su presencia en aquel instante, por lo que se despidió de Melina con un beso en la mano y se acercó a ella. A pesar de la ocasión festiva, Richard se mantenía impertérrito. Saludó a su hija depositando un beso en su mejilla y le dedicó una sonrisa vacía.

—Buenos días, Ciorsaidh.

—No me llames así, padre. Sabes que lo detesto.— Cio hizo una mueca. Desde que tenía uso de razón que no le gustaba su nombre por

considerarlo un nombre demasiado arcaico. Además, nadie en el castillo la llamaba por ese nombre, o tenían la suficiente confianza para llamarle Cio o estaban obligados por las normas sociales a llamarle señorita Adelmare.

—Deberías llevar tu nombre con orgullo, fue el mismo nombre que el de tu abuela, una dama de vida intachable.— su padre le sonrió—. Te ves preciosa, Cio.

—Gracias.— la muchacha observó el rostro de su padre, surcado por profundas arrugas y cuya barba era completamente gris—. Debo preguntarte algo. ¿Mi madre se suicidó?— le soltó sin rodeos.

La pregunta descolocó al noble, quien tenía una expresión devastada en el rostro.

—¿Quién te dijo eso, hija?

—Rowen. Se lo escuchó hablar a tía Elianne y tía Eleonor.

La joven procedió a explicarle todos los pormenores de la conversación entre las hermanas, que Rowen había espiado. Con cada palabra, su padre se encogía más y más. Para cuando hubo terminado su relato, el impasible señor de Calborough estaba completamente destrozado.

—Lo que Rowen te contó es cierto.— dijo tras un silencio que a su hija se le hizo interminable. La joven sintió que sus peor temor se hacia realidad. Él se llevó una mano al rostro y se masajeó la sien—. Al menos en parte. Sarie se quitó la vida, pero no a causa de mis hermanas. Fue mi culpa.

Cio le miró atónita, y sintió como si el corsé le apretase demasiado. Su padre tomó aire y continuó hablando:

—Sarie me preguntó si le amaba. Yo… yo no supe contestarle.

—¿No la amabas?— inquirió, furiosa.

—No es eso.— se apresuró a contestar—. Amaba a tu madre, aún hoy la sigo amando. Pero entre todas las cosas que nos enseñan de pequeños, el amor no es una de ellas. Es más, es incluso indecoroso hablar de amor. Así que aunque amaba a tu madre, era incapaz de decirlo en voz alta.— el hombre observó a su hija, tan parecida a su difunta esposa que el sólo verla le recordaba la razón de que no pudiese conciliar el sueño por las noches—. Sarie no, ella era distinta. Para ella nunca significó mucho romper algunas normas de etiqueta si eso significaba demostrarle amor a alguien, fueses tú o yo. Cuando murió, comprendí que esas normas poco importan, y que lo verdaderamente importante es hacer las cosas por

amor.— al decir esto, sostuvo las manos de la muchacha entre las suyas—. Por eso aún no he aceptado a ninguno de tus pretendientes. Sólo cuando te enamores consentiré tu matrimonio, te doy mi palabra.

—De poco sirve tu palabra.— al decir esto, retiró con brusquedad sus manos—. Dices que aún amas a mi madre, sin embargo en unos días más te vestirás de gala para llevar a otra mujer al altar. Tendrás que disculparme si soy escéptica con lo que prometes, padre.— la joven dio media vuelta y salió del lugar, encolerizada.

Caminó por los pasillos dando zancadas y deseando arrancarse las enaguas para poder correr a encerrarse en su cuarto. Cuando subió las escaleras que daban al piso donde se encontraban las habitaciones de invitados, pudo ver a Ethan Gundre, su hermano y su sirviente en la suya, la puerta abierta apenas. El primero gesticulaba y hablaba con enojo desmesurado, mientras intentaba no elevar el tono de su voz sin mucho éxito, el pequeño se escondía tras el criado, quien observaba desafiante a su señor. Ciorsaidh, cuya furia había amainado de momento, movida por la curiosidad, se asomó a mirar la escena a través del espacio entre la puerta y su marco.

—Ese pequeño mocoso lo va a arruinar todo.— exclamó sulfurado el noble—. Si se enteran que es tu inmundo hermano habrá preguntas sobre que le ocurrió al verdadero Peter Gundre y me veré obligado a relatar el penoso accidente.

—No fue un accidente, mi señor.— el criado hablaba sin una pizca de miedo ni respeto—. Matasteis a vuestro hermano pequeño.

—¡Pues el muy idiota salió a jugar con mi espada nueva!— le respondió Ethan, rojo de ira—. ¡Lo único que hice fue mostrarle que las espadas no son juguetes!

—¡Le acribillasteis con la espada tantas veces que era imposible reconocerlo!— le respondió asqueado y furibundo.

—Eso no te incumbe, escoria. Lo importante es que esto no se sepa hasta que haya conseguido casarme con Ciorsaidh Adelmare.— la joven contuvo una exclamación de sorpresa—. ¡Cómo desprecio a su padre! Cualquier hombre en su sano juicio hubiese aceptado la propuesta de matrimonio de un Gundre sin pensárselo dos veces. ¡Imagínense! Rechazó mi propuesta porque quiere que su hija “se case por amor”. ¡Já! Menudo imbécil. Pero un Gundre jamás pierde, no señor. Haré que esa niñata se enamoré de mi, pero para eso necesito que tu estúpido hermano deje de comportarse como un perfecto inútil.— mientras decía esto último, Ethan apresó entre sus manos el brazo del pequeño, quien no dejaba de chillar, y de un tirón lo acercó hacia él, tirándolo al piso.— Ahora te enseñaré a comportarte y seguir ordenes, mocoso.— levantó su mano, con intenciones de golpearlo.

—¡Basta!— exclamó Calum, enfurecido.— Prometisteis que si Filib participaba de esto, no le haríais daño.

—¡Hago lo que quiero, mugriento plebeyo!— Ethan sujetó al niño del cabello, por lo que el pequeño empezó a patalear y llorar con más fuerza—. ¡Y en éste instante me apetece golpear a alguien!

—Bien, entonces golpeadme a mí.— Calum sujetó a su señor de la muñeca, quien lo observó incrédulo. Tras unos instantes, soltó a Filib.

—Me parece un cambio justo, escoria.— respondió con una sonrisa maliciosa—. Arrodíllate frente a mí.

El sirviente lo hizo sin que ninguna queja saliese de su boca, mientras su hermano se arrastraba a un rincón, aún lloroso. Ethan buscó algo en el estante de al lado, y Cio se sorprendió al darse cuenta de que era un grueso cinturón de cuero. Horrorizada, vio como el noble hizo varios ademanes de golpear al joven, para amedrentarlo. Sin embargo, Calum no bajo la mirada, no cerró los ojos, lo cual irritó más a su señor.

—Me cansé de tu arrogancia.— Ethan parecía a punto de estallar—. Iba a ser clemente contigo, pero ya que no muestras ni una pizca de respeto, deberé inculcártelo a golpes. Es hora de que alguien te ponga en tu lugar.— alzó la mano que sujetaba en cinturón, tomando impulso.

Cio irrumpió en la habitación en aquel instante, ante las miradas atónitas del noble y sus sirvientes.

—Mi señor, siento interrumpiros, pero iba pasando por aquí y os vi a punto de golpear a vuestro sirviente.— Ethan enrojeció de vergüenza cuando la joven le habló. Cio, quien no había meditado demasiado que iba a decir antes de entrar, hizo trabajar de manera frenética a su mente para improvisar algo creíble y que no enfureciese más a Gundre—. Espero que no os lo toméis a mal pero debo pediros que no lo hagáis. Veréis, mi padre no cree en el castigo físico, y ha prohibido terminantemente que cualquiera lastime a sus criados en sus tierras, so pena de exilio. Y sinceramente, sería una lastima perder a tan distinguido invitado.— para intentar apaciguar los ánimos, Cio se obligó a posar una mano en el brazo del noble—. Insisto, no os estoy juzgando, simplemente os pido que respetéis esta norma para poder seguir contando con vuestra presencia en Calborough.

—Por supuesto, Lady Adelmare.— el joven sujetó una de sus manos y la besó—. Lamento mi vergonzoso comportamiento, la verdad, no soy partidario de golpear a mis sirvientes, al igual que vuestro padre, pero el

agotador viaje debe de haberme afectado. Os ruego me disculpéis.

—No son necesarias las disculpas.— Cio se llevó la mano que había sido besada al pecho, y se sonrojó a propósito, un talento suyo que había probado ser muy útil para una joven noble como ella—. ¡Oh! ¡Pero que distraída soy! Había olvidado mencionaros que mi primo Rowen anda preguntando por vos. Creo que era urgente. Aún debe de estar en la casona de mi madre, si os apresuráis quizás lo encontréis allí.

—Iré a ver que quiere.— hizo una reverencia y lanzó una mirada asesina a los hermanos—. Con vuestro permiso.— dicho esto, se retiró.

Cio suspiró, aliviada tras la partida del noble. Calum se incorporó y sacudió el polvo de su atuendo, tras lo cual ayudó a Filib, el cual aún hipaba tras el llanto, a incorporarse. Luego se acercó a la joven.

—Gracias.— inclinó la cabeza y tomó de la mano a su hermano—. Algún día os devolveré el favor.

Dicho esto, el criado y su hermano se retiraron, dejando a Cio sola en la habitación. La noble se desplomó en un sillón, aquel día los Padres Creadores parecían decididos a no darle un descanso. Si bien debería haberse retirado de la habitación de Ethan Gundre, en caso de que algún criado chismoso anduviese cerca, la joven se sentía demasiado agotada emocionalmente como para moverse de aquel lugar. Decidió cerrar los ojos durante un instante.

Cio no sabría decir cuanto durmió, pero cuando por fin despertó se encontró a Eleonor frente a ella. Supo que era ella y no alguna de sus hermanas por el vientre abultado a causa de su onceavo embarazo, además del rostro ajado y la expresión cansina de su rostro. Si bien en sus años mozos las trillizas eran completamente iguales entre sí, el tiempo había dejado marcas muy diferentes en cada una de ellas, Eleonor era la que más arrugas y canas poseía, según ella a causa de los malos ratos que le hacían pasar sus vástagos, sin embargo, la arruga del ceño de Elianne era mucho más marcada a fuerza de fruncirlo constantemente durante sus enojos. A diferencia de sus hermanas, Emmeline tenía solamente unas finas líneas en el rostro, principalmente alrededor de los ojos y la boca, puesto que era la más propensa a sonreír de las tres.

Eleonor se balanceo pesadamente hasta llegar frente a su sobrina, con una expresión adusta en el rostro.

—Ciorsaidh, ¿se puede saber que haces durmiendo en la habitación de uno de los invitados, un hombre nada menos?— le ordenó la mujer.

—Disculpadme, Tía, pero este día ha sido terrible y sólo quería descansar

un rato.— sin poder aguantarse más, la joven comenzó a sollozar.

—¡Suficiente!— exclamó—. No eres una cría para andar haciendo semejante escándalo. Ya deberías saber que una dama controla sus sentimientos ante cualquier eventualidad. Compostura ante todo.— la joven se encogió ante la reprimenda de su tía—. ¡Mírate! Ya casi es hora de la cena y estas hecha un desastre.— su pequeña siesta había tenido un resultado desastroso sobre su peinado y maquillaje—. Llamaré a Lena para ver si puede hacer algo, tú por mientras levántate y ve a tu cuarto.— tras decir esto, Eleonor se retiró.

Ciorsaidh se levantó, abatida, y se encaminó con la cabeza gacha hasta sus aposentos. Allí, Lena la esperaba preocupada.

—¡Mi Señora!— exclamó compungida al verla—. ¿Qué os ha sucedido? Vuestra Tía dijo que habíais estado llorando.

—Oh, Lena, este día ha sido un desastre y sólo sigue empeorando.— dijo la joven, desplomándose en su cama—. ¿Podrías excusarme de la cena? Diles que estoy indispuesta o algo así.

—Mi señora, lo haría pero…— la sirvienta se retorció nerviosamente las manos—. Sus majestades acaban de llegar.

Capítulo 4

3.- Syford

Los pies le dolían más que nunca. El dolor de las ampollas al rozar sus botas era todo en lo que Aouregahn podía pensar. Habían pasado cinco días desde la noche en que había muerto uno de los guardias, y desde entonces habían evitado al máximo detenerse a descansar o comer. El miedo marcaba la expresión de todos, que a pesar de estar agotados y famélicos seguían moviéndose, con la esperanza de salir pronto de ese bosque maldito.

Thora había sido la más afectada, cuando la habían encontrado tenía el vestido desgarrado y estaba cubierta de sangre, sentada frente al amasijo de carne y huesos que había sido un hombre. Inicialmente habían pensado que ella lo había hecho, sin embargo pudieron comprobar que su antebrazo estaba roto, impidiéndole casi cualquier movimiento, y que su otra mano estaba completamente destrozada, con todos y cada uno de sus dedos torcidos en ángulos antinaturales. Ahora caminaba en silencio, pero si alguien que no fuera Aouregahn se le acercaba comenzaba a chillar desesperadamente. La joven no había sido capaz de arrancarle ni una sola palabra desde aquella noche.

—Ames, ¿dónde estamos?— inquirió el guardia del arco, mirando nerviosamente hacia todos lados.

—El follaje esta disminuyendo, así que creo que ya falta poco para llegar al límite.— le contestó el hombre.

—Oh, ¡Por los Dioses! Nunca debimos de entrar aquí.— dijo otro, que no había parado de temblar y rezar desde que había muerto su compañero—. Si hasta los niños lo saben: donde susurran los Errantes sólo hay muerte para los visitantes.

—Cállate, Jon, es sólo una estúpida rima de niños.— le soltó de manera brusca Ames, masajeándose las sienes—. ¡Niña! Tu has vivido más tiempo acá, ¿estamos cerca de la salida?

—No… No sé.— dijo temerosa, el tono violento en la voz de Ames la hacía temblar, por algún motivo le recordaba los gritos de aquella noche—. Nunca habíamos intentado salir, simplemente buscábamos alejarnos lo más posible de la gente.— de súbito, se le ocurrió una idea—. Pero puedo escalar ese árbol de allá y ver si veo el límite del bosque.

No se esperaba el golpe que Ames le asestó en la boca del estomago. Se le cortó la respiración al tiempo que caía de rodillas y por

poco vomitó su frugal desayuno.

—¡Ames! ¿Qué haces, pedazo de idiota?— le soltó el arquero.

—¿Te crees que soy tonto, furcia?— dijo al tiempo que lanzaba un puntapié que le llegó de lleno al hombro, tirándola de espaldas a la tierra. Thora empezó a chillar—. Te desatamos para que escales y después ¿qué? Nos dejas tirados este bosque de mierda mientras que tú huyes hacia la libertad. Pues eso no va a pasar, tú te quedas aquí donde mis ojos te vean.

—¡No voy a huir! Tienen a mi madre.— sollozó Aouregahn una vez hubo recuperado el aliento. los otros hombres se adelantaron e intentaron calmar a Ames—. ¿Qué otras opciones tenemos? Es eso o seguir a ciegas.

Ames bufó, indignado con el atrevimiento de la joven, mientras los otros hombres se interponían entre él y Aouregahn, Jon y el arquero arguyendo que era lo mejor para salir rápido de allí y el tercero recordándole que si la golpeaba valdría menos. Finalmente, Ames accedió de mala gana, y Jon cortó las cuerdas de sus muñecas con mano temblorosa.

Se levantó cautelosamente, no quería que ninguno de los guardias malinterpretara alguna de sus acciones como un intento de huida. Caminó hacia Thora y le habló hasta que dejó de gritar, un poco más calmada, sin embargo la locura aun parecía acechar en sus ojos. Durante todo ese rato, el arquero no había dejado de apuntarle, dejando claro lo que pasaría si hacía algo sospechoso.

Aouregahn inspiró, tras lo cual se acercó a paso seguro al árbol. Tomó la rama más cercana y firme que encontró y comenzó a escalar. Sus manos y pies, acostumbrados tras toda una vida de escalar árboles, se movían de manera rápida: las manos asían una rama gruesa y firme y los pies recordaban las ramas que las manos habían sujetado y se afirmaban de ellas para darse impulso y seguir subiendo.

Ya hacía la mitad del árbol, Aouregahn se dio cuenta, con horror, que las ramas se adelgazaban más debajo de lo que había previsto. Pronto dejarían de ser los suficientemente robustas para sostener su peso y aun no se acercaba a la copa de los árboles. Se detuvo y observó alrededor. Frente a ella había un árbol con ramas firmes que le permitirían llegar hasta arriba, sin embargo, cómo Ames ya había mencionado, los árboles estaban más separados en aquella zona, por lo que había una posibilidad muy grande de que Aouregahn fallase al saltar y cayese.

Así que tenía dos posibilidades: o arriesgarse a saltar o seguir subiendo y rezar por que las ramas sostuviesen su peso. Optó por la segunda, no le apetecía nada la caída libre que le esperaba si fallaba en el

salto.

Siguió subiendo, esta vez con más cautela y dispuesta a bajar al menor indicio de que alguna rama se fuese a quebrar. De esta forma, logró subir unos metros más, permitiéndole casi ver la copa de los árboles. Emocionada, aceleró el ritmo y logró llegar los suficientemente alto. Entonces oteó el horizonte, en busca del límite del bosque. Sin embargo, todo lo que encontró fue un mar de hojas danzando con el viento que anunciaba tormenta.

La desesperanza la embargó, dejándola paralizada unos minutos observando la desoladora vista. Tan devastada estaba que no escuchó el peligroso crujido de la rama en la que se apoyaba su pie derecho. De un instante para otro, la rama cedió y no logró sujetarse a las otras.

En ese momento supo que las ramas que seguían se romperían con el peso de su cuerpo al caer, por lo que antes de perder el pie completamente usó el tronco del árbol para darse impulso y saltar al siguiente. Estiró las manos tanto como pudo, sin embargo el árbol parecía demasiado lejano. Deseó poder haber saltado más lejos, pero eso ya no era posible.

De pronto, un destello dorado la cegó. Duró apenas una fracción de segundo, pero cuando se desvaneció, su mano izquierda sujetó una rama y sintió un fuerte tirón en el hombro cuando todo su peso quedó sujeto por su brazo. Abajo, Thora gritaba histérica. Aouregahn masculló que se encontraba bien, al tiempo que se sujetaba lo mejor que podía al árbol.

Se disponía ya a bajar cuando vio, lejos en el horizonte, una cosa que no había visto desde que había entrado al Bosque de los Errantes: un camino.

Descendió como pudo, evitando usar el brazo izquierdo, que aparentemente se le había dislocado. Llegó a la rama más baja –la cual estaba demasiado alta como para que la hubiese alcanzado saltando, sin embargo no lo suficientemente alta como para que la caída le hiciese daño.— y se lanzó. Apenas sus pies tocaron el suelo, Ames la incorporó bruscamente, sujetándola de los hombros y haciéndola aullar de dolor.

—¿Qué viste?— le inquirió el guardia, zamarreándola y echándole el fétido aliento en la cara.

—Un camino.— dijo ella, con lágrimas en los ojos—. Está lejos, pero si apuramos el paso podremos alcanzarlo mañana en la mañana.

—Pues más vale que nos pongamos en marcha.— dijo el hombre,

lanzando una carcajada.

Tras volverla a maniatar emprendieron el rumbo, todos más esperanzados ahora que sabían que el bosque tenía un final. Aouregahn se acercó a Thora, quien seguía sumida en una especie de trance mudo, observando nerviosamente cada recodo del bosque. La joven intentó animarla susurrándole que ya casi llegaban a un lugar seguro, sin embargo la mujer parecía no escuchar. Observó los brazos de su madre. Había convencido a los guardias de que la dejaran improvisar una tablilla para su brazo roto, pero no con sus dedos ya que pensaban que tomaría demasiado tiempo, por lo que estos seguían torcidos y probablemente ya tuviesen un daño severo permanente. Por suerte, ningún hueso había roto la piel, por lo que no había riesgo de infección.

Mientras cavilaba sobre la salud de su madre, la tormenta se desató. Primero fueron unas tímidas gotas, pero en casi nada de tiempo se convirtieron en una cortina de agua que les calaba hasta los huesos y les impedía hablar entre ellos a menos que fuese a gritos. A pesar de esto, los guardias no parecían dispuestos a buscar refugio y continuaban la marcha a través del ahora oscuro bosque.

Entonces, Thora tropezó y cayó al suelo. Aouregahn se arrodilló a su lado, intentando ayudarle a levantarse. Sin embargo, Jon se interpuso entre ellas, empujando a la joven y levantando de forma abrupta a su madre. Thora empezó a gritar por lo que Jon la abofeteó, nervioso, lo cual sólo provocó que la mujer gritase más fuerte.

—¡Ya cállate!— le respondió histéricamente el hombre, mientras continuaba golpeándola—. ¡Cállate! ¡Quiero salir de aquí! ¡Dioses, sólo quiero salir de aquí ya!

—¡Déjala!— gritó Aouregahn, lanzándose contra él, sin embargo el arquero se interpuso en su camino y la sujetó, mientras que el otro guardia calmaba a Jon y Ames se echaba a Thora al hombro, la cual siguió berreando. El arquero hizo lo mismo con ella y reanudaron la marcha—. ¡Suéltame! Me estas haciendo daño.

—Pues más daño te hará esa cosa si te encuentra, cariño.— le dijo el arquero, inmutable.

—Me da igual, ojalá venga y los mate a todos.— dijo la joven, llorando amargamente.

A medida que iban caminando, la rabia se iba apoderando de Aouregahn. Como un calor abrasador que partía en el centro de su pecho y se extendía lenta pero abrumadoramente en sus brazos y cabeza. Si, ojalá lo que sea que había acabado con aquel otro guardia volviese a

terminar el trabajo.

Una risa maníaca llenó el ambiente, acallando incluso la incesante lluvia. Los hombres se pararon en seco y los que cargaban a las mujeres las botaron sin ningún cuidado al suelo para poder manejar sus armas. Aouregahn se dio vuelta y pudo ver dos puntos dorados bailando en la oscuridad, amenazadores.

La criatura se lanzó contra los guardias con un rugido infernal. De manera veloz atacó al guardia que había intentado detener a Jon, el cual se desplomó en el piso antes de siquiera poder gritar.

—¡Gerbhuld, protégeme!— exclamó sollozando Jon.

—Gerbhuld no tiene ningún poder aquí, humano.— resonó una distorsionada voz femenina en la cabeza de Aouregahn. Acto seguido la criatura se lanzó contra el hombre, quien gritó e imploró a los dioses por clemencia.

Ames miraba con los ojos muy abiertos, paralizado, como la bestia, la cual parecía no tener ninguna forma definida aparte de los dos brillantes ojos, desgarraba el cuerpo del guardia mientras reía a carcajadas. Thora lloraba arrimada a un árbol, mientras que el arquero lanzaba flechas que parecían pasar limpiamente a través de la criatura.

Cuando Jon dejó de gritar, la criatura levantó la mirada y observó fijamente a Aouregahn antes de lanzarse contra ella. Dos poderosas zarpas negras se apoyaron en sus maltratados hombros y la sujetaron contra el piso, mientras dos brillantes ojos se acercaban a su rostro.

Aouregahn los observó a medida que la distancia entre ellos y su cara se reducía. Había algo allí, algo oscuro e inmenso, que la atraía. Algo que la llamaba incesantemente.

—Mía.— dijo incesantemente una voz metálica, como un cántico. Y Aouregahn se vio tentada a responderle.

Antes de que pudiese hacerlo, uno de los ojos fue atravesado por la cabeza de una flecha, casi rozándole la cara a la joven. La criatura se deshizo en humo y sus ojos brillantes de apagaron. El peso en sus hombros desapareció y logró incorporarse.

La escena ante ella era desoladora, Ames maldecía arrodillado frente a lo que quedaba de Jon y el otro guardia, mientras que el otro guardia tenía su arco tenso, pero tembloroso, apuntando hacia ella. Thora seguía acurrucada contra un árbol, pero ahora tan sólo se limitaba a

observar la oscuridad con mirada vacía.

—Tenemos que salir de este bosque endemoniado.— dijo Ames, incorporándose—. Salir y no volver más.

El amanecer los recibió modestamente en el límite del bosque, apenas unos rayos de sol acariciando el camino, los cuales volverían a desaparecer en cuanto las nubes se volviesen a cerrar. A pesar de esto, Los cuatro sobrevivientes respiraron aliviados al verlo

Aquella noche llegaron a una posada en donde los guardias pagaron por dos cenas calientes y una habitación. Ella y su madre fueron llevadas al establo, en donde las amarraron y les dieron las sobras frías del almuerzo. Sin embargo, para Aouregahn fue un alivio.

Thora pareció recuperarse un poco de la experiencia en el bosque, e incluso hiló algunas frases cortas en respuesta a la conversación de Aouregahn quien le hablaba de nimiedades intentando animarla.

Un rato después de que su madre se hubo dormido, entró el arquero, llevando vendas y ungüentos. Se sentó al lado de ella y exigió ver su hombro. Este estaba amoratado e hinchado, pero el hombre se lo volvió a colocar con sumo cuidado en su lugar, tras lo cual procedió a untar el ungüento con sumo cuidado en la zona morada y a vendársela.

—¿Mejor?— interrogó con una sonrisa. La joven asintió tímidamente, no estaba acostumbrada a tratar con otras personas aparte de su madre—. Eh, ¿cómo te llamas, niña? Con todo el escándalo del bosque no te había preguntado.

—Aoure… Aouregahn.— dijo temerosa.

—Hmmm, es un buen nombre. ¿Sabes lo que significa?— la joven negó con la cabeza—. significa “dorada” o “hija del oro”. A muchas nobles con cabello rubio les dan ese nombre, pero ellas solo llevan el oro por fuera. Tú, por otro lado, tú lo llevas por dentro y por fuera.— dijo sujetándole el mentón y mirándole los ojos amarillos—. A ti si te queda bien. Mi nombre es Jacques, a propósito.

—No te entiendo.— le soltó la joven, mientras el hombre continuaba sujetándole el rostro y mirándola con una sonrisa.

—¿Qué no entiendes de mi?

—Ayudas a Ames a secuestrarnos a mi y a mi madre, por lo que deberías ser mi enemigo.— continuó, intentando en vano liberar su rostro—. Pero por otro lado evitas que nos maltrate, me salvaste de la criatura, curas mis heridas y ahora intentas conversar como si nada conmigo. ¿Qué eres,

entonces, enemigo o amigo? Decídete de una vez.

—Vaya, y yo que pensé que estaba ante una tierna e indefensa florecilla.— dijo burlonamente el hombre—. ¿Enemigo o amigo, dices? No estas en un cuento de hadas, pequeña. Sólo soy un hombre que vela por sus propios intereses. Y en este caso mi interés está en disfrutar un poco más de ti. Después de todo, sería un desperdicio decir que estuve con una joven de aspecto tan singular cómo tú y lo único que hice fue venderla.

Sin decir nada más, Jacques se acercó a ella y la besó. No duró más de unos instantes, pero Aouregahn pudo sentir el calor de sus labios y el sabor del vino en su aliento. El hombre se separó y se incorporó mientras sonreía.

—Descansa, Aouregahn. Mañana llegaremos a Syford.

Tal como Jacques le había dicho la noche anterior, durante la tarde de ese día llegaron a Syford, la Ciudad de los Cinco Esteros. Llegaron por la entrada del Estero Salaber, uno de tamaño mediano con un puente de madera de roble cruzándolo. Aouregahn recordó vagamente haberlo cruzado junto a Thora cuando ambas escaparon hacia el Bosque de los Errantes.

Syford era una de las ciudades más grandes de todo Cedlioch, ubicada cerca de la frontera con Pawold, al sur del reino. Por este motivo tenía murallas altas y una gran parte de sus habitantes eran militares, guardias o estaban entrenados en técnicas de combate.

Frente a ellos se extendía la amplia avenida principal, la cual llevaba hasta la entrada de la Citadela, una zona al centro de la ciudad protegida por más murallas y donde vivían los nobles, burgueses y militares y eclesiásticos de alto rango.

El guardia que hacia posta frente a la puerta saludó a Ames y Jacques, tras lo cual les solicitó que esperasen mientras el mandaba a un mensajero a buscar un carruaje de la guardia.

Tras esperar un rato, apareció el carruaje: un vehículo con dos compartimientos separados por una rejilla, uno para los guardias y otro para sus prisioneros. Subieron a las mujeres al compartimiento de atrás, les ataron las manos a una viga que estaba junto a la rejilla y se subieron al otro, cuyos asientos quedaban cara a cara con los de ellas. Ames dio las instrucciones al conductor y el carruaje comenzó a avanzar.

Al llegar a la Citadela el conductor tomó una desviación por unas callejuelas oscuras por las que el carruaje apenas lograba pasar. Luego de dar varios giros en calles similares, salieron a una plazoleta con una pequeña fuente y llena de unas flores moradas con cientos de diminutos

pétalos púrpura. Frente a ellos había un edificio del mismo color de las flores, de dos pisos y con un balcón decorado con esculturas de mujeres semidesnudas en cuya entrada había un cartel que rezaba en letras doradas:

“Las Ásteres de la Citadela”

Posada de Caballeros de Madame Joanne.

—Jacques, ve tú a hacer negocios con ese vejestorio.— le dijo Ames—. no estoy de humor para tratar con ella, además, parece tener una obsesión contigo. Seguro le sacamos más oro si negocias tú.

Jacques asintió y entró al local. Aouregahn sabía que después de esto no vería más a su madre, ella sería vendida y su madre entregada la marqués para ser castigada. Se acercó a Thora lo más que pudo y comenzó a llorar en silencio.

Thora pareció salir del trance en el que se encontraba y comenzó a susurrarle que todo estaba bien, que no iba a dejar que nada malo le pasase. Aunque la joven sabía que era mentira, las palabras de su madre la calmaron lo suficiente para salir con la frente en alto cuando Jacques volvió a buscarla. Antes de que le hicieran entrar, miró a su madre por última vez y cuando ella la miró susurró:

—Te rescataré.

Capítulo 5

4.- La Boda.

Faltaban apenas unos minutos para que Melina ingresase, dando así inicio a la ceremonia, y aún no había rastro de Cio. Richard comenzaba a temer que quizás nunca se presentase, dado que a pesar de que habían pasado cuatro días desde su discusión, su hija seguía molesta con él. No le había dirigido la palabra y había evitado a toda costa cualquier interacción con él. Por supuesto, lo hacía de manera tan sutil que nadie salvo él se daba cuenta de su enojo. Quizás no debería haberle dicho la verdad sobre la muerte de Sarie, pero al ver sus ojos rogándole una respuesta, Richard no fue capaz de mentirle.

Súbitamente, Ciorsaidh irrumpió en la capilla del castillo. Se había dejado el cabello suelto, con un ramillete de flores de azahar detrás de una de sus orejas, y su maquillaje era mucho más sencillo que antes, pero realzaba más su parecido con su madre. Al llegar frente a su padre, le dedicó una respetuosa inclinación de cabeza, sin embargo Richard no supo si seguía molesta o su enojo ya había dimitido.

Sus dudas se vieron aclaradas cuando la joven se colocó en su puesto de dama de honor de la novia y le sonrió a su padre, haciendo que se le marcasen los hoyuelos en las mejillas.. Nunca se había notado más su parecido con Sarie.

Al lado del sacerdote se encontraba el mismísimo Rey Hammond, un hombre de barba abundante y dorada, con la nariz y las mejillas enrojecidas y el cuerpo robusto a causa de su opulento estilo de vida. El gobernante había insistido en oficiar en conjunto con el sacerdote la ceremonia, algo que sólo había ocurrido cuatro veces antes y que se consideraba uno de los más grandes honores en todo Cedlioch.

Todos en Cedlioch estaban al tanto de la amistad entre el Rey y Richard Adelmare, quienes se habían conocido en la guerra contra Theodore Rebhein, un noble de Schwanzerg que había liderado un ejército para conquistar Cedlioch como venganza por la muerte de su hermano y prometida bajo extrañas circunstancias.

Según contaban los rumores, la amistad entre ambos había iniciado cuando Hammond, en aquel entonces príncipe heredero de Cedlioch, estuvo a punto de perecer ante un general de Rebhein, pero fue rescatado por Lord Adelmare. Desde entonces ambos pelearon cada batalla lado a lado hasta el final de la guerra, tras lo cual Adelmare recibió una cuantiosa recompensa, la cual devolvió arguyendo que lo había hecho por amistad y no por deber. Tras esto ambos estuvieron presentes en diversas ocasiones en la vida del otro: Adelmare acompañó al Rey durante el periodo de

duelo por su padre, fue uno de sus tres testigos en la coronación y también en su boda con la ahora princesa consorte Elyn. Por otro lado, el Rey había sido su testigo en su matrimonio con Sarie y el padrino de Ciorsaidh.

Los rumores decían que el Rey incluso había llegado a proponer a Lord Adelmare para el puesto de emisario de buena fe de Cedlioch, pero que este último lo había rechazado por algún motivo.

En la primera fila, junto a sus tías y el esposo de Eleonor, se encontraban la princesa consorte y su primogénito, el príncipe Aldris, quien se corrió un mechón rubio de la frente y la miró con sus grandes ojos azules, dedicándole una sonrisa que Ciorsaidh no devolvió, sólo hizo un amago de sonrisa y desvió la mirada, roja a más no poder.

Entonces, las puertas de roble se abrieron con un sonido grave y los músicos comenzaron a tocar una melodía dulce y serena, mientras que Melina Fenhurscht hacía su entrada a la capilla. Su vestimenta obedecía a la recargada moda de su reino natal, con unas grandes mangas abombadas de seda, una falda amplia llena de listones, volantes de encaje y un velo con flores y hojas bordadas de tal largo que casi rozaba el piso y su cabello anaranjado peinado en apretados rizos en forma de tubo.

Cio hizo su mejor esfuerzo para mantener su sonrisa ensayada durante toda la ceremonia, pero el tedioso discurso del sacerdote de Gerbhuld pudo incluso con la sonrisa de aquellos que verdaderamente sentían alegría por aquella unión. Comenzó a observar a las invitados de Melina, en los cuales no había reparado antes.

La futura Lady Adelmare había solicitado invitar tan sólo a tres personas, según ella, habían sido sus tutores, los cuales le habían criado tras la muerte de sus padres. Sin embargo, estos no parecían mucho más viejos que ella, y sus atuendos no concordaban con los de los tutores de Schwanzerg, los cuales siempre ocupaban una túnica color vino de cuello alto hecha de terciopelo. La primera era una mujer de tamaño pequeño, piel morena y cabello oscuro y rizado, el cual luchaba por recuperar su forma natural contra un peinado que ciertamente estaba perdiendo la batalla, cubría su boca con un abanico con diseño de mariposas de todos colores, y su vestido violeta caía suelto y sencillo por su cuerpo, demasiado grande para ella. La segunda invitada era exageradamente alta y robusta, con un rostro redondo, una mirada de perpetuo disgusto grabada en él y el cabello castaño y grasiento cayéndole hasta el cinto de su apretado vestido rosado. El tercer invitado, ubicado entre las dos primeras, era un hombre de porte elegante, piel extremadamente pálida y el cabello negro peinado hacia atrás, con unos cuantos rizos negros pulcramente ubicados en la nuca, usaba un chaquetón verde esmeralda, guantes de cuero y sostenía un bastón de ébano y un sombrero de fieltro entre las manos. Lo que más le llamó la atención a Cio fue que los tres

tenían unos ojos verdes que por un momento, probablemente fuese sólo su imaginación, parecieron brillar intensamente.

Transcurrida la primera hora de ceremonia, Cio estaba de acuerdo con Emmeline en que el anciano sacerdote de Gerbhuld había matado del aburrimiento a más de un feligrés en su larga trayectoria de oficiar ceremonias. Tras un tiempo que le pareció una eternidad, el religioso dio paso al Rey, quien pronunció la frase que convertiría a Melina Fenhurscht en Melina Adelmare:

—Entonces, el Padre y la Madre crearon por primera vez algo juntos,— al decir esto, alzó lo más alto que pudo un par de ramas que en su punto medio tenían una gran flor blanca llena de pétalos y de centro color rosa oscuro, cuyas ramas estaban bañadas en plata y la flor en cristal líquido. Esta última pertenecía a un extraño árbol que para poder florecer fusionaba la punta de dos ramas, de cuya unión nacía esta flor—. Iedhre y Gerbhuld le llamaron prilaes, y cuando crearon a los humanos, les ordenaron honrar la unión del hombre y la mujer usando este símbolo sagrado. Ahora le pido a Lord Richard Adelmare, señor de Calborough, que si está dispuesto a honrar a esta mujer, protegerla con su escudo y espada y llamarla su esposa, sujete un extremo del prilaes.— Lord Adelmare observó a su hija, y con una sonrisa que sólo Cio sabía que era falsa, se adelantó para sujetar una rama plateada—. Ahora le pido a Lady Melina Fenhurscht, que si desea abandonar su nombre paterno y adoptar el de este hombre, para honrarlo con hijos que hagan crecer su linaje, sujete el otro extremo del prilaes.— Ciorsaidh creyó haber enloquecido cuando observó el mismo brillo verde en los ojos de Melina, e incluso creyó ver que dejaba una pequeña estela de luminiscencia verde cuando avanzó con paso seguro para sujetar la rama, sin embargo, vio la misma cara de incredulidad en Emmeline, y supo que no lo había imaginado—. ¡Regocijaos, hermanos, pues hemos presenciado el precioso momento en que dos hijos de los Padres Creadores han unido sus vidas a través del más sagrado de los sacramentos! ¡Regocijaos pues ellos están en este mismo santuario, bendiciendo a cada uno de nosotros, pero por sobre todo a Richard y Melina Adelmare! Que los Padres os guíen siempre, y que su matrimonio llene el mundo de nuevos predicadores de la bondad de los Dioses que hoy os unen.

El sacerdote dijo unas cuantas oraciones más, que Cio no escuchó, pues sólo tenía ojos para Melina y sus extraños invitados, buscando cualquier indicio de que lo que había visto era verdad. Sólo salió de su ensimismamiento cuando Melina le abrazó y le susurró:

—Ahora eres mi hija, Ciorsaidh.

Tras la ceremonia, los invitados pasaron al gran salón del castillo, donde una larga mesa los esperaba, repleta de exquisitos platos que los cocineros se habían pasado todo el día preparando. Cio se sentó

demasiado alejada de su padre y de Melina como para poder hablarles sin levantar la voz más de lo apropiado, pero lo suficientemente cerca como para poder observarlos reír y charlar con la familia real y los lores más importantes. Al lado derecho de la joven estaba su tía Elianne, a su izquierda estaba Rowen y frente a ellos estaban Emmeline. Ni Vinca ni Vania se encontraban allí, puesto que aun no tenían su presentación en sociedad y por lo tanto aún debían sentarse en la mesa de los niños. Eleonor se encontraba sentada más adelante junto a su marido, Lord Bersh. Para disgusto de Cio, Ethan estaba sentado al lado de Emmeline, por lo cual no dejaba de lanzarle cumplidos y coqueteos que provocaban que Elianne le lanzará miradas de reproche a su sobrina.

—La perdiz confitada está un poco quemada para mi gusto.— dijo la joven, intentando hacer que Ethan se olvidara por un segundo de halagar la forma en que su cabello azabache captaba la luz de las antorchas—. Seguramente lo cocinó Remi, aún no domina del todo el asador nuevo.

—Pues la verdad cualquier cosa sabe bien con tan agraciada compañía, milady Ciorsaid.— insistió Gundre, tras lo cual Elianne carraspeó a modo de advertencia.

—Sois demasiado amable.— la comida no había funcionado, al igual que no lo habían hecho ni el clima ni los vestidos de las asistentes a la boda. Cio apuró su copa de vino especiado y le hizo un gesto al sirviente más cercano para que le sirviera más.

—Sobrina, esta es tu tercera copa de vino ya. Tened cuidado con el brebaje de Gerbhuld, su sabor dulce es engañoso.— le reprochó Elianne.

—Vamos, hermana, no seas una aguafiestas.— dijo Emmeline alzando su copa en dirección a ella—. ¡Es una ocasión para celebrar y estar alegres! ¿O acaso el convento te borró de la memoria todas esas fiestas en que tu hiciste el ridículo por beber mucho vino?

—Por eso mismo lo digo, no quiero que la joven Lady Adelmare se avergüence a si misma en la boda de su padre.

—Tranquila, no creo que Cio pueda avergonzarse a si misma más de lo que nosotras lo hicimos en la boda de Lord y Lady Piper.— bromeó su hermana—. ¿Recuerdas que nos pusimos a bailar sobre las mesas?

—No hables de cosas que podrían darle malos ejemplos a nuestros sobrinos, Emmeline.— a pesar del tono severo, Elianne empezaba a relajarse un poco, y Cio agradecía que Ethan hubiese parado, al menos de momento, con su coqueteo—. No seas una mala influencia.

Tras comer las manzanas al horno con canela y miel, Ciorsaidh decidió que no podía probar ni un bocado más y se dedicó a ponerse al día

con Rowen, suplicando con la mirada a Emmeline que distrajese a Ethan cuando intentaba volver a halagarla.

Una vez todos los comensales hubieron dado cuenta de su exuberante cena, Demien, el jefe de mayordomos, abrió la puerta que conducía al salón de baile, donde un alegre grupo de músicos ya entonaba una animada canción.

Como Cio ya se esperaba, un montón de solteros codiciosos se acercaron a pedirle bailes, dejándola sin más remedio que aceptar. Tras bailar con el quinto pretendiente, un hombre de la edad de su padre, de cabello gris y más bajo que ella, Ethan se acercó.

—Disculpad mi intromisión, Lord Ahleim, pero creo que vuestra prometida está preguntando por vos.— al decir esto, indicó a una muchacha rechoncha y poco agraciada que miraba con cara de pocos amigos a Ciorsaidh.

—Oh, muchas gracias.— dijo sin realmente sentirlas, luego besó la mano de Cio—. Un placer bailar con vos, milady.

Cuando escucharon la voz poco amigable de la prometida de Lord Ahleim, Ethan se dio vuelta para observar a Cio.

—¿Me concedéis este baile, Lady Adelmare?

—Con gusto.— respondió con alegría fingida.

Para sorpresa suya, Ethan era un bailarín excepcional y casi podía olvidar lo desagradable que era cuando mantenía su boca cerrada por más de un par de minutos. No fue si no hasta la mitad de la segunda pieza que por fin se decidió a hablar.

—¿Cómo es que una joven noble tan encantadora sigue sin casarse?— la pregunta tomó por sorpresa a Cio, por lo que soltó la mano de Ethan y se detuvo—. Si mi pregunta la ofendió, le ruego haga cuenta que nunca la hice.— suplicó, logrando parecer realmente preocupado.

—No, no. No es eso.— dijo restándole importancia con un gesto de la mano, tras lo cual volvió a bailar junto a su acompañante—. Es sólo que vuestra franqueza me tomó desprevenida. La gente cómo vos y yo suelen disfrazar tanto lo que quieren decir que al final una termina creyendo que fue una misma la que propuso el tema.— soltó una risilla para parecer más ingenua y así hacer que Ethan creyera que aún estaba en control de la situación.

—Es verdad.— el noble le sonrió de una forma que podría haber encontrado encantadora si no hubiese observado el exabrupto del otro

día—. Pues debo confesaros que esos jueguitos de la corte me hastían, no soy para nada así. Me gusta mostrarme tal y como soy.— Cio reprimió una risa burlona ante su descaro.

—Pues id con cuidado, no todos los nobles aprecian tanto la franqueza como yo, mi señor.

—Oh, no os preocupéis, las únicas personas a las que me interesa agradar sabrán apreciar esa cualidad.— otra vez la sonrisa. Cio empezaba a sentirse demasiado agotada cómo para seguir fingiendo que le agradaba—. Entre esas personas estáis vos, milady. No sabría explicarlo, pero desde el minuto en que nos conocimos sentí que algo en mi interior se daba vuelta. Se que suena apresurado pero…— se detuvo y la observó fijamente con sus ojos oscuros—. creo que me he enamorado de vos, Lady Ciorsaidh.

—O de mi dinero.— la sonrisa de Ethan Gundre desapareció abruptamente para dar paso a una mirada incrédula, con la ira brillando como una amenaza en cada uno de sus gestos. El cansancio hizo que Ciorsaidh no viese aquel amago—. Quizás también fue de mi título, o de mis tierras. O quizás simplemente tiene el orgullo herido porque mi padre se negó a aceptar todo lo que estaba dispuesto a pagar por tener mi mano en matrimonio.— el joven le observó iracundo—. ¿Qué sucede? ¿No era franqueza lo que queríais?— Ethan comenzó a apretar su mano con más y más fuerza, hasta el punto en que la joven creyó que algún hueso iba a quebrarse—. ¿Qué haces? ¡Suéltame, animal!— no había hablado lo suficientemente alto cómo para que alguien más la hubiese oído, por lo que tragó aire para lanzar un grito más estridente. En ese preciso momento, un hombre tocó el hombro de Ethan, haciendo que este soltara a Cio.

—Disculpadme mi señor, pero la dama me había prometido un baile hacia un rato, y no estoy del todo seguro, pero me parece que la norma cedliochiana permite tan sólo cuatro bailes consecutivos entre personas que no estén casadas.

—Al parecer perdí la noción del tiempo, espero perdonéis mi falta de decoro.— Ethan sujetó los dedos de la joven ejerciendo suficiente presión como para que Cio comprendiera que su conversación no había terminado. Depositó un beso en sus nudillos y se incorporó—. He pasado un momento muy grato, gracias, milady.— tras decir esto, se alejó.

Cuando Cio se dio vuelta para agradecer a su salvador, se topó de frente con unos penetrantes ojos esmeralda. El invitado de Melina le sacaba una cabeza a Cio —a pesar de que ella era más alta que la mayoría de los asistentes— era de piel pálida y gestos elegantes. Con una sonrisa, le ofreció su brazo a la joven, al tiempo que los músicos tocaban

los primeros acordes de un vals.

—Creo que aún no nos han presentado formalmente. Mi nombre es Devon Ghebreil, a vuestro servicio, milady.— hizo una pequeña inclinación de cabeza, dado que el baile ya había iniciado y hacer una reverencia completa hubiese molestado a los demás bailarines.

—Soy Lady Ciorsaidh Adelmare, un gusto conoceros, Ilustrado Ghebreil.

—Vaya,— dijo Devon, impresionado—. veo que conocéis bastante sobre el gremio de tutores de Schwanzerg. Sin embargo, no tenéis por qué llamarme Ilustrado, puesto que el gremio me expulsó hace más de una década.

—¿Más de una década?— comentó extrañada—. Disculpad mi intromisión, pero ¿por qué el gremio prescindió de vos?

—Pues por la misma razón que hoy me encuentro aquí.— dijo señalando en dirección a Melina con la cabeza—. Como tutor, sólo se me permitía enseñar a un alumno durante cinco años, tras lo cual se me asignaba un nuevo pupilo. Sin embargo, cuando sólo quedaban unos meses para que debiese abandonar a Melina, la pobre criatura se quedó huérfana, y me vi incapaz de dejarla, por lo que me negué rotundamente a irme, y el gremio nos echó a mi y a otras dos tutoras que decidieron hacer como yo.

—¿Sólo por hacer lo que consideraban correcto? Que crueles.

—Yo no diría crueles.— señaló Devon—. Si no nos hubiesen expulsado, otros tutores que se hubiesen encariñado de sus alumnos podrían haber hecho como nosotros, y muchos niños se habrían quedado sin tutores. Rompimos nuestra palabra, así que debíamos pagar las consecuencias.

—Aun así, no me parece del todo correcto.— dijo más para si misma que para su acompañante.

—¿Qué es más importante para vos, Lady Adelmare?— le dijo el hombre mientras bailaban al ritmo de un nuevo vals.— ¿Cumplir con lo que prometéis o hacer lo que creéis correcto?

—Pues, si lo que prometo interfiere con lo que mis valores me dicen que es correcto,— respondió tras pensarlo unos instantes.— sin duda hacer lo que es correcto.

—Hmmm… ¿si? Vaya…— su compañero se quedó taciturno unos minutos, y cuando el vals ya acababa levanto la mirada hacia ella—. Pero que maleducado de mi parte, debéis de estar sedienta. ¿Os parece si vamos a

buscar refrescos y charlamos un rato?

Cio asintió, complacida. A pesar de que en un principio le había encontrado perturbador, Devon Ghebreil comenzaba a agradarle, y pensó que quizás su respuesta le había disgustado, por lo cual fue un alivio ver que no había sido así.

Al salir de la pista de baile, tras una mesa había un sirviente corpulento que Cio no recordaba haber visto en su vida, el cual les sirvió un líquido ámbar de una jarra en dos bonitas copas de cristal coloreado con diseño de prilaes. Devon las recibió y le entregó una a Cio, la cual dio un sorbito. El brebaje descendió, helado y burbujeante, por su garganta, dejando un rastro frutal y dulzón en sus papilas.

—Parece que estabais sedienta, milady, ¿queréis más?— dijo el hombre, observando divertido la copa vacía de Ciorsaidh.

La muchacha vio con sorpresa la copa. ¿En que momento se había bebido el resto? Lo último que recordaba era haber dado un sorbito y… ¿Dónde estaban? ¿No estaban en la mesa de los refrescos? Observó los pinos a la distancia, y supo que estaban en el balcón, aunque no recordaba haber caminado hasta allí. Se sentía mareada, torpe y muy risueña. Le costaba una inmensidad prestar atención a lo que Ghebreil decía, ya que toda su atención estaba puesta en sus embriagadores ojos verdes, los cuales parecían brillar a la luz de la luna.

Dio otro sorbo a su copa, la cual volvía a estar misteriosamente vacía. Por Iedhre, pero que guapo era Devon, con su cabello negro como ala de cuervo y su voz segura y reconfortante. Y sus ojos. Cio quería perderse mirando esos ojos...

¿Eso quería realmente? ¿No debería volver a estar con su padre en ese día tan importante? ¿No se preocuparían tanto él como tía Emmeline por su ausencia?

Por supuesto que no, su padre tenía a Melina ahora. No le extrañaría.

—¿Estás bien, Cio?— dijo Devon, jovial. Le encantaba que le tuteara—. Estás temblando. Puedo abrazarte, si eso es lo que quieres.— le dedicó una sonrisa encantadora que hizo que su corazón galopase como un caballo.

Asintió torpemente y se acurrucó entre sus cálidos brazos, deseando quedarse allí para siempre.

—¿Has visto a Cio?— Emmeline estaba preocupada.

—No tía, no la veo desde que empezó el baile.— dijo Rowen, sacudiendo la cabeza—. Ella es bastante solicitada como compañera de baile y yo he estado ocupado evitando que Vania y Vinca salgan a bailar con los jóvenes que las invitan a pesar de verlas con atuendos de niñas. ¿La buscas por algo muy apremiante, tía Emmeline?

—Para nada,— respondió de manera poco convincente—. es sólo que Elianne y yo decidimos ver que todos nuestro adorables sobrinos se estén comportando, y a ella es a la única que no hemos visto.

—Pues dile a tía Elianne que bailando sobre la mesa de refrescos no tiene muy buena chance de encontrar a Ciorsaidh.— al decir esto, apuntó al otro lado del salón, donde Eleonor y su marido intentaban, sin éxito, bajar a su hermana de la mesa—. ¿Me dirás que sucede realmente?

—Oh, Rowen,— dijo tras un suspiro resignado—. ayúdame a bajar a tu tía de allí y a encontrar a tu prima y te diré que sucede, lo prometo.

—Esta bien.— accedió Rowen, intrigado.

A empellones y codazos lograron abrirse paso hasta Elianne, la cual hacía caso omiso de Eleonor.

—¡Baja de allí inmediatamente, ridícula!— chilló, por enésima vez—. ¡Estás dejando en vergüenza a todos los Adelmare!

—Deberías relajarte, hermanita,— le respondió una tambaleante Elianne—. ven, sube a bailar conmigo.

—¡Alec!— gritó Eleonor, fuera de si—. ¡Haz algo ya, inútil!

Alec Bersh, el esposo de Eleonor, miró con desesperación a su mujer mientras tironeaba nuevamente de la manga del vestido de Elianne, sin éxito. A pesar de tener una altura similar a las trillizas, Alec era mucho mas esmirriado y siempre andaba encorvado, atributo que exageraba aun más ante los gritos de su cónyuge. Era nueve años menor y de carácter mucho más dócil que su apabullante esposa. La verdad era que, si de Lord Bersh hubiese dependido, jamás hubiese cortejado a Eleonor. Sin embargo, Richard había sido muy convincente hacia dieciséis años atrás, cuando fue a verle en una soporífera tarde de verano. Arguyendo que sus familias estaban destinadas a unirse, dado el compromiso entre Lord Adelmare y su hermana Felicia antes de que esta muriese a causa de la peste, Richard logró convencer casi sin contratiempos al medroso Alec.

—¿Elianne?— Emmeline habló de manera dulce a su hermana—. Elianne, cariño, ¿qué haces allá arriba?

—Pues bailar, evidentemente.— dijo exasperada la mujer.

—Oh, hermana, la mesa no es una pista de baile apropiada. Ven, te ayudo a bajar.— estiró su mano, intentando alcanzar la de Elianne, pero esta la rechazó de un manotazo que la hizo tambalearse peligrosamente hacia atrás.

—¡No! ¡Ya estoy cansada de que me digan lo que tengo que hacer!— gritó furiosa—. ¡He pasado los últimos dieciséis años haciendo lo que me decían!

—Tía Elianne, pensé que no querías darnos un mal ejemplo.— dijo Rowen, mientras se subía, ante los ojos de su horrorizada madre, a la mesa—. Verás, aun soy joven e influenciable, y verte bailando aquí hace que me den ganas de imitarte.

—¡Rowen! ¿Ves lo que provocas, vieja desquiciada?— la voz de Eleonor era cada vez más inaudible y su rostro estaba cada vez más pálido.

—¡No!— dijo Elianne compungida—. No quiero ser una mala influencia. No quiero, no quiero.

—Entonces baja conmigo.— rodeó los hombros de su tía y le tomó una mano mientras la ayudaba a bajar, al tiempo que esta susurraba "No quiero" múltiples veces.

Emmeline recibió a su hermana y, tras localizar a Lena, le dio instrucciones para que la llevase a sus aposentos a descansar. Rowen, entretanto, bajó con un salto ágil de la mesa y se dedicó a aguantar estoicamente las regañinas de su madre, a la cual finalmente lograron convencer entre Emmeline y Alec para que se sentase. Rowen localizó a Lena, la cual fue encomendada con la tarea de llevar a Elianne a sus aposentos a descansar

Tras ver que su hermana estaba en buenas manos y asegurarle a Eleonor de que la reputación de los Adelmare no había sufrido ningún desaire, Emmeline le indicó a Rowen con la mirada que salieran a buscar a Ciorsaidh.

—¿Ahora me dirás por qué estas tan preocupada por Cio?— inquirió Rowen mientras ambos avanzaban rodeando la pista de baile, observando atentamente en caso de que alguien similar a la joven noble apareciese.

—Tengo un muy mal presentimiento, Rowen,— dijo su tía, esperando no parecer demasiado trastocada.— y creo que tiene algo que ver con tu prima y la noche en que su madre murió.

El joven guardó silencio, taciturno. No había querido decirlo por no ser pájaro de mal agüero, pero el también sentía que algo extraño ocurría en aquella boda. A simple vista, todo parecía fastuoso y radiante, pero habían pequeños detalles que, aunque no eran exactamente sombríos, descolocaban a Rowen, haciéndolo sentir de que a pesar de que todo debería hacérsele familiar, algo peligroso se escondía detrás de las sonrisas y promesas de amor. Por ejemplo, los tres misteriosos invitados, o el hecho de que a pesar de que el castillo contaba con suficiente servidumbre para la ocasión, se habían contratado a muchos sirvientes nuevos.

Emmeline maldecía por lo bajo, después de todo aún no daban con el paradero de Ciorsaidh. Fue entonces cuando Rowen observó que la puerta que daba al balcón estaba entreabierta. Se lo indicó a su tía y ambos se apresuraron a salir.

Rowen observó estupefacto la escena ante sus ojos: El invitado de Melina sujetaba a su prima firmemente entre sus brazos, mientras observaba con una media sonrisa a la joven. Ella pareció no darse cuenta de su presencia, embelesada mirando los ojos del hombre. Un extraño halo verde parecía rodearlos, aunque probablemente fuese sólo un efecto de la luz y el cansancio. Ambos acercaban sus rostros paulatinamente, sus labios ya casi se rozaban…

Entonces Emmeline carraspeó. El hombre levantó la mirada, entre sorprendido y molesto mientras que Ciorsaidh les observó con ojos vacuos, y parecía que no comprendiera lo que sucedía, es más, ni siquiera parecía que estuviese allí.

—Ciorsaidh, Lord Adelmare requiere de vuestra presencia inmediatamente.— dijo Emmeline, observando desafiante al invitado de Melina. Este último enmascaró su disgusto con una sonrisita sardónica y soltó las manos de Cio.

—Supongo que será mejor que me retire.— dijo el hombre—. Con vuestro permiso, milady.

Ciorsaidh asintió de manera ausente, a lo que el hombre se alejó dando zancadas, no sin antes dedicarle una mirada burlona a Emmeline cuando pasó por su lado. En el preciso instante en que un portazo marcó la salida del sujeto, Cio se desplomó en el piso, tras lo cual comenzó a convulsionar con arcadas. Su tía y su primo corrieron a su lado.

—Cariño, ¿estas bien?— Emmeline le sujetaba los hombros mientras que Rowen le ayudaba a sentarse con la espalda apoyada en la pared.

—¿Qué está pasando?— preguntó la joven, con la voz rota y los ojos

llorosos—. ¿Por qué me trajeron afuera?

—¿No recuerdas como llegaste aquí?— la preocupación marcaba la voz de Rowen—. ¿No recuerdas que hacías aquí con el invitado de Melina?

—¿Qué hacia aquí con…? ¡Oh! No tengo la menor idea de que hacia aquí con él. Recuerdo que me rescató de Ethan y me dijo que se llamaba Devon Ghebreil, luego bebimos un poco y… ¡Por Iedhre! ¿Acaso estoy ebria?

Rowen iba a responder afirmativamente cuando Emmeline se le adelantó.

—No lo creo.— dijo la mujer, con voz temblorosa. Rowen se sorprendió, nunca había visto a la segura Emmeline Adelmare mostrar miedo al hablar—. Hay algo extraño sucediendo, nada sobre esta boda se siente normal.

–¿A que te refieres?— inquirió Rowen, escéptico.

—¿Te refieres a los ojos de Melina?— un escalofrío recorrió la espalda de Cio en cuanto hubo dicho esto. Emmeline se quedó pensativa unos segundos, tras lo cual asintió—. ¿Qué está pasando?

—No estoy totalmente segura, pero creo que tiene que ver con la muerte de tu madre.— los ojos de la joven se abrieron como platos—. Prometo contarles lo que sé, pero primero tengo que ir a confirmar algo. Espérenme aquí, y que ese hombre no se atreva a acercarse a tu prima, Rowen.

Rowen asintió, tras lo cual Emmeline se incorporó y entró al salón, para perderse casi inmediatamente entre la multitud. Casi inmediatamente, Ciorsaidh comenzó a temblar violentamente, mientras sollozaba. Se afirmó de la solapa de la chaqueta de Rowen, quien intentaba calmarla sin éxito.

—Ya no aguanto más, Rowen.— dijo llorando—. Quiero saber que le pasó a mi madre. No soporto la idea de que se haya suicidado, pero pensar que Melina y sus invitados podrían tener algo que ver es simplemente escalofriante.

—Tranquila, Cio. Seguramente no es nada, Tía Em debe de estar exagerando.— le consoló su primo, quien aún se sentía un poco escéptico con respecto a toda la situación—. Dejando eso de lado, que hacías con ese tipo en el balcón. Parecías estar a punto de besarle.

—No tengo idea. No recuerdo que pasó.— dijo al tiempo que se

incorporaba y se apoyaba en al balcón, oteando el horizonte.

—Pensé que habías dicho que estabas segura de haber encontrado a tu amor verdadero.— insistió Rowen—. ¿Qué tal resultó eso?

—Claro que estoy segura, pero, él no me ha mandado ninguna carta desde la última vez que estuvo acá.

—Quizás porque sería difícil evitar que se enteraran de nuestra relación si anduviese enviando cartas cada vez que te extraño.— respondió una tercera voz a sus espaldas.

Se dieron vuelta y vieron que tras de ellos estaba el príncipe Aldris mirándolos con una sonrisa. Rowen tomó la llegada del príncipe cómo una señal para marcharse, y sin decir palabra volvió a entrar al salón, dejando a su prima con el heredero al trono.

—Veo que esto de mantener nuestro romance como secreto no es vuestro fuerte, Lady Ciorsaidh.— le dijo el monarca, ahora sin ningún rastro visible de la sonrisa que había ostentado instantes antes.

— Rowen nos vio la última vez que viniste, Aldris.— le respondió la noble, con el semblante serio— Yo no le he contado nada a nadie

Siendo Ciorsaidh la ahijada del rey no era extraño que ella visitase la corte o incluso que la familia real realizasen visitas cortas a Calborough, sobre todo porque este quedaba de camino a su residencia para los meses fríos.

Por esto, junto a sus primos, los príncipes de Cedlioch habían sido sus compañeros de juego de la infancia. Sobre todo Aldris, quien era más cercano en edad.

El año anterior, al cumplir los dieciséis años, Aldris fue enviado a hacer un entrenamiento en tácticas militares, tal cómo dictaban las costumbres del reino. Su destacamento armó el campamento cerca de Calborough, por lo que durante varios meses había visitado el pueblo regularmente. Fue durante este tiempo que Ciorsaidh descubrió que le atraía el joven príncipe.

— ¿Cómo está la princesa Laina?— inquirió la joven, intentando cambiar el tema— Escuché que estaba enferma y por eso no pudo asistir.

— Ella siempre está enferma. —dijo el príncipe con un tono monótono— Creo que sólo lo hace para llamar la atención, ahora que comprende que todos están más pendientes de mi por ser el heredero al

trono.

— No deberías hablar así de tu hermana.

— Eres muy mandona para ser una noble menor.— soltó el príncipe con una carcajada.

Tras decir esto se colocó frente a Ciorsaidh y la besó. Ella respondió rodeándole el cuello con los brazos. El era un poco más bajo, por lo que la joven debía inclinar el rostro para besarle. Se separaron unos instantes después.

— ¿Le contaste a el rey sobre nosotros?

— ¿A mi padre? ¡Por Gerbhuld! No.— dijo el joven, sujetándose de la baranda— No es tan sencillo, Cio, no puedo simplemente casarme con una noble menor. Tendrás que ser paciente mientras me las ingenio para poder convencerlo.

— Odio esperar.— bufó ella— Quiero poder estar juntos, sobre todo ahora que mi padre está embobado con Melina.

— Bueno, al menos su boda sirvió como excusa para vernos.— sin decir más, el príncipe la besó de nuevo.

Mientras tanto, Emmeline vagaba por los pasillos del piso inferior del castillo, en las mangas de su vestido llevaba escondidos un afilado cuchillo que había sacado de la cocina y un collar con una piedra transparente del porte de un huevo de codorniz.

De súbito, el cristal comenzó a calentarse hasta un punto casi doloroso. La mujer sacó l cristal y observó que en él comenzaban a aparecer unas nebulosas color verde oscuro, que se extendían lentamente desde el centro hacia los extremos.

Se dio media vuelta y se encontró con una figura observándole desde las sombras, con sus ojos verdes como el del cristal brillando.

— Sabía que eras tú.— dijo la mujer, apretando los dedos alrededor del mango del cuchillo.

Sin decir nada más, se lanzó contra la persona.